TEMAS SEXUALES

A. MARTIN
DE LUCENAY



el erotismo en la guerra y la revolución

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

58

A. MARTIN DE LUCENAY

EL EROTISMO EN LA GUERRA Y EN LA REVOLUCIÓN

El erotismo en las guerras antiguas. — París, 1914-1918. — La sexualidad en las trincheras.—Espías y amazonas.—La "Liga de la Muerte".—El erotismo en las revoluciones.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

PRIMERA EDICIÓN
JUNIO 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50, Madrid.

Prólogo del tema.

Esa extraña asociación que existe entre el amor y la muerte, es decir, entre la energía creadora y la fuerza destructora, tiene su origen, sin ir más lejos, en el propio instinto de los seres animales. Las luchas en que se empeñan los animales obedecen a uno de los dos impulsos más poderosos: al de nutrición o al de procreación. Por lo general, ambos movimientos suelen ir unidos, y después de nutridos los combatientes, tienden a evacuar sus necesidades sexuales de una manera tanto más feroz cuanto más violentas fueron las fases de la lucha; porque, a no dudarlo, todo movimiento, todo ejercicio, toda actividad muscular e intelectual largo tiempo expresados, producen esa excitación nerviosa que indefectiblemente impulsa al organismo a buscar en el placer la compensación del dolor sufrido.

Y entre los hombres sucede lo mismo. Cuando dos o más pueblos se enzarzan en una contienda, no cabe duda que el acto ha sido justificado por móviles políticos o sociales. En otro orden de cosas, la actitud de los beligerantes no puede ser biológica, puesto que la finalidad de las guerras en este sentido no es otra que la destrucción y la muerte del enemigo odiado. Desde los tiempos del hacha de sílex hasta los modernos de los gases asfixiantes, lo único que han variado han sido los procedimientos de combate; pero el objetivo básico es el mismo. Y todavía diríamos que es mucho más cruel, por ser también mucho más insidioso, el fin perseguido. En los tiempos viejos, el odio de los contendientes no quería heridos: hacía sólo muertos. Hoy, con las leyes de la guerra, que pretenden ser más "humanitarias", no importa que haya heridos, es decir, bajas; se procura por todos los medios que las víctimas no pierdan la vida, pero se hace todo lo posible por producir seres inútiles—mutilados, ciegos, dementes, enfermos—, por la sencilla razón de que el que muere, aparte de que deja de sufrir, no consume, no puede ser una carga ni para la familia ni para el Estado o la sociedad: todo acaba con él; pero el que queda vivo, y por lo tanto

inútil, consume alimentos, devenga pensiones, perjudica a la sociedad, etcétera, y a cambio de eso, no crea, no sirve, es un parásito sin utilidad material alguna. Tal es, a no dudarlo, el humanitarismo de las nuevas guerras, cuyos organizadores, inspirándose en ideales bestialmente inhumanos, dicen que, "por humanidad", es preciso no matar, sino sólo hacer bajas, bajas que convierten al guerrero en un inválido, en una carga más para el Estado.

Pero, a pesar de todo, es cierto que la vida se renueva todos los días. Frente a la orientación políticoeconómica de los Estados, ideal artificial, que se basa, no obstante, en razones naturales, surge y se eleva el instinto natural de los seres, un instinto que apenas si se detiene ante las diferencias de raza, que no sabe de odios, de patriotismos ni de sacrificios, es decir, que, por encima de todo, como completamente ajeno al fin artificial de las contiendas, porque, al fin y al cabo, es algo que no puede depender exclusivamente de la cultura, se manifiesta libre, impetuoso y útil, y aspira, siempre inconscientemente o desintencionadamente—justo es reconocerlo—a contrarrestar los efectos antibiológicos, es decir, destructores, de la bárbara contienda.

Venus, deidad del amor, y Marte, dios de la guerra, fueron siempre buenos aliados, según la mitología. Pero después, fuera del mito, unas veces fué Eros Alado, otras, las más, Eros sin alas, el espíritu que animó a los procreadores inconscientes de su misión reproductora. Por eso no hablamos principalmente del amor en la guerra: nos referimos a la erótica, al impulso en sí que se manifiesta, no ávido de frutos materiales, es decir, de hijos, sino ansioso de deleites más o menos duraderos, que no reconocen leyes morales, ni de la cultura, ni de la biología consciente: son placeres demandados por el instinto en sí en toda su brutal crudeza, como si esa misma inconsciencia dejase a los seres un resquicio de raciocinio por donde pueda penetrar la luz de la biología que ilumina al impulso haciendo que la muerte, que amenaza constante, no sorprenda al individuo en una actitud estéril.

Pero, además de todas esas razones perfectamente naturales, hay otros aspectos infinitos, ya psíquicos o bien físicos, que producen en el impulso procreador otras deformaciones violentas, derivadas, principalmente, del sadismo, elemento que jamás falta en ninguna lucha. Por eso, lo mismo en la guerra que en la revolución, es decir, en las contiendas entre dos bandos, ese afán de destruir, dictado por el principio político, afán siempre cruel, es en el deseo inconsciente de procrear el primer gesto sádico que se manifiesta en la sexualidad, y que no sólo aparece en lo que, a pesar de esa violencia, puede ser relativamente normal, como ocurre con las violaciones, sino que se extiende a todas las manifestaciones perversas del impulso sexual.

Esto ocurre cuando, a pesar de esos estados políticos anómalos, es posible la relación entre hombres y mujeres; pero en otros aspectos, cuando la mujer falta, la sexualidad del guerrero se desencadena, se pervierte, se hace viciosa, criminal, trágica o cómica, alucinante y terrible, y se desenvuelve en un polimorfismo que acaba por parecer a sus protagonistas completamente normal en sus variedades, aunque el móvil sea, como es, estrictamente biológico y fundamentalmente lícito.

EL EROTISMO EN LAS GUERRAS ANTIGUAS

Las sacerdotisas que acompañaban a los guerreros.—Los ritos religiosos.—El erotismo de la guerra de Troya.—El ideal de los soldados.—Los efebos en el ejército.—Los soldados de Alejandro Magno.—Las mujeres griegas ante el enemigo.—La vida erótica de los guerreros "shiks".—La solución de los japoneses.—Las violación y las leyes de la guerra.—El botín sensual de los soldados medievales.—Los teutones.

Allá por el siglo V antes de Jesucristo, cuando mayor incremento había alcanzado en Babilonia el culto a las divinidades eróticas, las sacerdotisas de la diosa del amor, como ya hemos dicho, tenían la obligación de prostituirse a los extranjeros siquiera una vez.

Por lo tanto, el pudor de la mujer no tenía grandes relaciones con la sexualidad; la mujer babilónica cumplía con un deber sagrado prostituyéndose, siempre que una parte de los beneficios obtenidos fuese destinada a engrosar los tesoros de los templos que administraban, como siempre, los sacerdotes.

La mujer, por lo tanto, desempeñaba una elevada misión social, que merecía la gratitud y el respeto de las instituciones más morales, ya que, de hecho, la mujer era también una institución, puesto que se la consideraba en su doble aspecto de entidad religiosa y de verdadero crisol de la raza.

La posición social que en Babilonia alcanzó la mujer no fué superada ni por la de Egipto; muchos representantes del sexo femenino intervinieron en la organización y dirección de los negocios públicos, no sólo en las épocas de paz, sino también en tiempos de guerra, cuando era necesaria la aportación del esfuerzo de todos para la consecución de los ideales políticos perseguidos.

Precisamente por iniciativa de las mujeres, según dice Herodoto, se resolvió que en las expediciones de guerra acompañasen a los combatientes un cierto número de sacerdotisas, que se encargarían de premiar con los placeres de su cuerpo las hazañas de los más esforzados paladines de aquellas causas bélicas. Hasta entonces, las esposas legítimas de los guerreros habían de quedar en casa cuidando de la hacienda y de los hijos; pero como la ausencia de los hombres hacía innecesaria la misión de las sacerdotisas de los templos, de aquí que la religión hubiera de practicarse en los mismos campos de batalla de forma idéntica a como se observaba en las ciudades en tiempos de paz.

Resulta, pues, que el acompañamiento femenino de los guerreros babilonios tuvo un origen más religioso que específicamente sexual; claro es que conociendo el importante papel que la sexualidad desempeñaba en los ritos religiosos del paganismo, principio que fué común a la espiritualidad de todos los pueblos antiguos, la práctica de la sexualidad era una forma religiosa y social, lo mismo que más tarde lo fueron la castidad y la abstinencia, en contraposición con los ideales primitivos.

No obstante, no es posible que aquellas costumbres tuvieran un significado netamete religioso en la forma que hoy se concibe la religión; la religión tenía por objeto, como es natural, velar por la conservación de la raza por encima de todas las conveniencias e ideales que posteriormente fueron inculcados a la humanidad civilizada por el cristianismo. Pero al mismo tiempo tampoco puede suponerse que la procreación fuese el móvil único que impulsaba a los legisladores a establecer la reforma de que los guerreros fuesen acompañados en sus expediciones por las sacerdotisas del amor, ni podemos creer que esos guerreros aspirasen a engendrar hijos a unas mujeres en las que era imposible la investigación de la paternidad, porque en esta época y en esos pueblos había desaparecido ya el sistema de la promiscuidad sexual como base de la constitución de la familia.

Por lo tanto, y sabiendo, además, que las prostitutas no son aptas para la maternidad, esas mujeres que acompañaban a los soldados, según los antiguos historiadores, lo hacían con el fin de satisfacer en ellos necesidades eróticas, sin mayor trascendencia social. Posiblemente, aunque de ello nada dicen esos escritores, aquellos actos sexuales se celebrarían en honor de las deidades venusianas; pero bajo esta advocación no se ejercitaba un derecho exclusivamente religioso, sino que su fondo era bastante más fisiológico que espiritual.

Algunos siglos antes, los belicosos tirios que pusieron sitio a Troya por causa de la traición de Elena, se adelantaron a los babilonios; pero en este caso la religión no desempeñó ningún papel importante con respecto a la sexualidad de los súbditos de Menelao. Claro es que el origen de aquella célebre guerra, que duró diez años, fué un asunto exclusivamente erótico, ya que a no haber sido por el rapto de Elena, no se hubiera quebrantado la buena armonía que reinaba entre los dos pueblos.

La extraordinaria belleza de aquella mujer despertó entre los espartanos muchas pasiones puramente espirituales o, por mejor decir, psicoeróticas. Esta mujer era la hija del rey y la encarnación de la diosa del amor al mismo tiempo. Tanto fué su prestigio y tan singular su hermosura, que los hombres la amaban sin conocerla, sin haberla visto siquiera. Por esta razón, cuando el joven Paris raptó al bello ídolo, no hubo un espartano que no se sintiese herido en lo más íntimo de su psiquismo. Aquel acto sexual cometido por Paris con la hermosa mujer despertó entre los tirios la misma indignación que en el hombre enamorado hasta la locura produce el adulterio de su esposa; la mujer, que era, espiritualmente, de todos, había traicionado a todos también: es un curioso caso de poliandria espiritual, cuando la causante no había pasado de los límites de la monoandria.

Este extraño fenómeno de sugestión colectiva tuvo a muchos millares de hombres empeñados en una lucha calamitosa durante dos largos lustros. En el fondo del alma de aquellos guerreros, la adoración que les inspiraba la semidiosa no podía ser más pura. A la vez esta adoración se traducía en una rara fidelidad con relación a sus esposas, que habían quedado en la patria, circunstancia que no se observa nunca entre soldados. En los campamentos de los ejércitos de Esparta no hubieran obtenido éxito las hetairas, porque ningún soldado hubiera sido capaz de traicionar a la que tanto amaban, mientras ella dormía tranquila y feliz en compañía de su bello raptor, que así se mofaba del estúpido romanticismo de sus enemigos.

No hay ningún autor que haya estudiado este caso pintoresco de erotismo místico, aunque tantos perdieron el tiempo ocupándose de la asexualidad de los ascetas. Todo un ejército luchando por el amor de una sola mujer es algo realmente extraordinario

que jamás ha vuelto a repetirse. Pero—y he aquí lo más singular—todo esto ocurría cuando en realidad ninguno de los guerreros podía aspirar a los favores sexuales de la hermosísima y casquivana princesa, situada en un plano infinitamente superior al que socialmente ocupaban aquellos soldados que se dejaban matar por el amor imposible de una distinguida y encantadora aristócrata, que había saltado por encima de todos los protocolos para huir en unión de un apuesto mancebo mucho más interesante que el esposo que le asignaron.

Sin este ideal, los soldados de Menelao no hubieran rendido a Troya. Este erotismo completamente idealista se mantuvo en su línea gracias al concepto que los espartanos se habían forjado acerca de la belleza de su soberana. Pero al cabo de diez años, cuando Elena fué arrebatada de los brazos de su amante, la antigua belleza delicada se había transformado en una matrona gastada tanto por los placeres como por los sufrimientos. Por eso, cuando las tropas de su marido la vieron con la cabeza hundida en el pecho como una ruina, comprendieron que no merecía la pena haber esperado tanto tiempo ni pasar por tantas calamidades como las que habían padecido, conservando una castidad completamente inútil, que a poco si les coloca en los bordes de la impotencia.

En adelante, los soldados griegos no quisieron ser menos que los filósofos, que se obstinaban en reformar las costumbres sexuales de Atenas. Al iniciarse los primeros movimientos de la rebeldía sexual de la mujer, harta de vivir en la misma inquietud que las "nones", surgió el amor socrático, la adoración estética por los efebos, que llevó a cometer las mayores trocidades sentimentales a los sabios más graves.

Entonces se comprendió la necesidad de que entrasen a formar parte del ejército hombres más jóvenes, que, si por no haber terminado su educación en los estadios, no debían considerarse demasiado aptos para las empresas bélicas, en cambio podían desempeñar una función importantísima al lado de los combatientes, entre los que se había puesto de moda prescindir de las mujeres para satisfacer cumplidamente sus necesidades sexuales.

Durante las guerras médicas con los persas, el ejército griego era numerosísimo, pero los combatientes eran poco más de la mitad del grueso de las tropas. El resto, los emboscados, eran los efebos, que se cuidaban de servir a los guerreros durante los descansos de aquellas obstinadas peleas. Cuando Filipo II de Macedonia sometió a Grecia, se extrañó de que su triunfo fuera tan relativamente fácil sobre aquellos millares de soldados, superiores en número a los que componían su ejército. Pero al comprender que casi la mitad del contingente eran invertidos amancebados con los verdaderos guerreros, se avergonzó de no haber triunfado antes...

Bajo el reinado de Alejandro Magno las cosas cambiaron bastante de aspecto en este sentido. Este gran conquistador se enamoró apasionadamente de una hetaira, la cual le siguió en sus expediciones guerreras al Asia. Imitando su ejemplo, los jefes de su ejército no se quedaron atrás, y al cabo de un poco tiempo no había un soldado que no contase con su concubina. El emperador, que, naturalmente, predicaba con el ejemplo, estimó que este contraste con las costumbres griegas podía ser muy rico en resultados gratos para los intereses del Estado, y al efecto hizo legitimar a todos los hijos habidos en aquellas uniones.

Las mujeres griegas, que habían logrado desasirse un tanto del yugo marital o paterno, encontraron en los macedonios no sólo a los dominadores de su patria, sino también a los conquistadores de su corazón. Las griegas se aliaron y se "liaron" con los vencedores, hastiadas de la actitud equívoca de sus refinados compatriotas. En este trance, las hetairas, esto es, las mujeres más cultas, permanecieron fieles a la causa de Atenas. Pero si adoptaron esta actitud no fué por patriotismo precisamente, sino porque su profesión era la de enardecer a los hombres, oficio que no suele tener muchas complicaciones graves, porque esa es la misión de las coquetas. Pero las otras mujeres, las "decentes", las que, a pesar de Lesbos y de Safo, tenían de la sexualidad el concepto más honrado—biológicamente hablando—, sólo podían encontrar en los extranjeros la calma que necesitaban, y no tenían que reparar en esas razones políticas o patrióticas que se oponen a esta clase de buena inteligencia con el enemigo.

Entre los belicosos "shiks" de la India, que realizaron hace muchos siglos las más audaces conquistas, la erótica representaba tanto como la buena alimentación. Pero, dada la envergadura de aquellas empresas guerreras, no era posible a los soldados llevar ese acompañamiento de mujeres, que fué una particularidad notable en otros ejércitos, aparte de que las leyes de la gue-

rra imponían como una de las condiciones más leales el respeto a las mujeres de los vencidos.

Esta actitud de los "shiks" tenía, además, una explicación convincente: sostenían el criterio de que engendrar hijos a las mujeres del enemigo equivalía a la vez a hacer nuevos enemigos que, pasados los años, combatirían, sin saberlo, contra sus propios padres o hermanos, descendientes de los antiguos vencedores. Esta prohibición no era una simple fórmula política, ya que lo mismo se castigaban las violaciones que los ayuntamientos en los que mediaba el consentimiento de la mujer del país sometido. Se imponía, pues, la castidad, pero sólo en lo que afectaba a la normalidad de las relaciones sexuales, y con el fin de evitar esas consecuencias biológicas.

Ahora bien, los indios, y sobre todo musulmanes, pueden soportar todas las diciplinas que se les impongan menos aquellas que se relacionan con la sexualidad. Pero, por otra parte, tampoco hay gente que mejor acepte los sucedáneos, llegando incluso a sobreponerlos a lo normal, para llegar al extremo de adoptar una forma de naturalidad típica.

Pues bien: en estas condiciones, cuando no era posible llevar consigo a la mujer propia y las leyes castigaban con la máxima severidad el disfrute sensual de la ajena, los "shiks" encontraron la solución de tan magno problema en la homosexualidad. Estas prácticas, tan frecuentes en los pueblos de cultura islámica, no tienen, a pesar de todo, una disculpa adecuada; la sodomía con la mujer, e incluso el bestialismo, están autorizados, hasta cierto punto, por los códigos religiosos; pero la homosexualidad, no. Sin embargo, lo mismo entre los antiguos que entre los modernos "shiks", cuando un guerrero, un cazador o un pastor no pueden llevar consigo a la mujer, se sirven de un hombre, generalmente un muchacho.

Los antiguos guerreros, esto no obstante, no utilizaron a los efebos como hacían los griegos: más por vicio que por necesidad. Entre aquellos hombres completamente viriles y de una ferocidad inaudita, el problema erótico se resolvía por medio de todas las prácticas perversas que pueden realizarse entre individuos del sexo masculino, sin que ello se considerase deshonroso ni padeciese nada la virilidad de los actores de aquellas comedias extraordinarias.

En los descansos de las batallas, estos hombres rudos y salvajes representaban comedias y otros festejos, en los que tomaban parte hombres disfrazados de mujeres. Sus aficiones preferentes eran la música y las danzas guerreras, interpretadas casi siempre por los guerreros de formas masculinas menos acentuadas y por los de piel más blanca, es decir, los que mejor pudieran parecerse a las mujeres.

Pero estos hábitos, impuestos por las imperiosas necesidades del organismo, no trascendían fuera del ambiente de la guerra; vueltos a la normalidad, los "shiks" tornaban a los brazos de sus mujeres, a las que respetan aún con esa delicadeza proverbial de las razas que habitaban en la India.

Este magno problema de la satisfacción sexual de las masas de combatientes se ha presentado siempre en todos los ejércitos, y unos lo han resuelto por medio de los sistemas más dignos, como los babilonios, y otros, como estos de que acabamos de hablar, valiéndose de un recurso que apenas si tuvo precedentes entre los griegos.

Ciertamente, investigando en lo que concierne a la historia del erotismo en las guerras, no encontramos nada más perfecto ni mejor organizado que la solución que desde los tiempos más remotos dieron los japoneses a este aspecto vitalísimo en la buena organización de los ejércitos.

Claro es que en un país como éste, donde hasta hace muy pocos lustros existió la más rígida separación de castas, los beneficios de aquellas reformas sólo alcanzaron, en principio, a las clases privilegiadas de los señores feudales, militares y aristócratas en general; fué más tarde, durante el régimen de los "shogunes", cuando la reforma alcanzó a todos los guerreros en general con el establecimiento de los "yoshiwaras" en las cercanías de los campamentos, e incluso en los recintos de las fortalezas donde residían los gobernadores.

En tiempos muy remotos, pero no tanto que su recuerdo se haya borrado, las tropas de uno de aquellos gobernadores, que habían sido conducidas de triunfo en triunfo a muchas leguas del lugar de la residencia de las familias, expusieron los graves inconvenientes que para la moral de las tropas se derivaba de aquella abstinencia forzosa impuesta por las circunstancias de la guerra. El gobernador estimó tan justa la demanda de sus soldados, que empezó por instalar a varias prostitutas en su mismo

palacio, tomado al enemigo, donde habitaba con su esposa, única mujer entre varios millares de hombres.

Como es natural, aquel "shogún" tenía cubiertas todas sus necesidades, incluso aquellas tan íntimas que hasta entonces habían sido incompatibles con la profesión activa de las armas. En consecuencia, cuando se convenció de que la reclamación no era vana, concedió a la soldadesca lo que ya disfrutaban los oficiales, y, al efecto, pronto dejaron de llegar a su gabinete las quejas por las violaciones y desmanes cometidos por los guerreros, que de esa forma pretendían resarcirse de las penalidades de la guerra.

Las mujeres cobraban una gratificación del gobierno, pero más que nada tenían la certidumbre de que cumplían con un alto deber patriótico, contribuyendo al triunfo de las armas por medio de la prestación de sus servicios sexuales.

Tal fué el origen, además, del respeto que en el Japón inspiró siempre la mujer pública, y que sólo ha decaído modernamente en las ciudades donde más se ha dejado sentir la influencia de la civilización europea. Aún tienen a la mayor honra recordar a sus venerables antepasadas, las amantes de los heroicos guerreros, que sólo vivían para el amor y la guerra, porque las "geishas" no tenían otra misión que la de endulzarles la vida en la víspera de las batallas, de las que no siempre se volvía en condiciones de seguir amando, porque cuando no era una herida grave, era la más atroz mutilación que puede sufrir un hombre anheloso de perpetuar los prestigios de su raza. Esta terrible desgracia sólo se comprende sabiendo la importancia que para un japonés tiene su descendencia, mucho mayor que la parte sexual de la vida.

Las leyes de la guerra no se oponían, como entre los indios, a la violación de las esposas e hijos de los enemigos; pero como los guerreros no ignoraban lo que esto suponía, antes de entrar en la liza procuraban poner a sus familiares femeninos a buen recaudo fuera del alcance de los vencedores, a quienes no importaba engendrar hijos en el nido ajeno.

No obstante, esta conducta de los vencedores no dejaba de ofrecer sus peligros, que a veces asumían los caracteres más graves. Si es cierto que la libertad sexual de la mujer japonesa no es menor que en otro país cualquiera, la violación se convierte en una deuda de sangre. Todo puede perdonarse menos esto, porque el japonés es noble y comprensivo; pero un padre, un hermano o

un marido no se detienen ante ningún obstáculo con tal de saciar el feroz apetito de venganza que brota impetuoso ante uno de esos actos contrarios al derecho. Si la mujer no protesta, estos hombres permanecerán indiferentes, y si es el marido, reclamará el divorcio; mas si las cosas no ocurren así, se unirá la familia, la vecindad, el barrio o la ciudad entera para vengar adecuadamente la más grave ofensa que puede inferirse a una mujer.

Este temor a las represalias evitó muchos desmanes en las antiguas contiendas. Se cuenta que en el siglo XVIII se declararon la guerra dos señores feudales de la provincia de Satzuma, sin más motivos que la posesión de unos terrenos. Como es natural, cada uno organizó su ejército, formado por los hombres de los dominios, y en la primer ocasión se entabló la batalla. Uno de los litigantes, el que no quería ceder el terreno, enarboló bandera blanca, y haciéndole ver a su rival que, de seguir la lucha, sucumbirían sus hombres, le suplicó, con esa exquisita cortesía nipona, que le hiciese el honor de aceptar la paz y, además, los derechos que él pudiera tener sobre los terrenos, "que serían escasos para sepultar los cadáveres de los guerreros que perderían la vida en la contienda". En efecto, cesaron las hostilidades y los señores quedaron tan amigos.

Pero no habían acabado de retirarse las tropas, cuando uno de los soldados del generoso solucionador del conflicto fué a decirle a su señor que un guerrero del otro bando había forzado a una doncella, hija de un pobre campesino de los contornos.

Escuchar esto el aristócrata y dar la orden de suspender la retirada, todo fué un gesto. Inmediatamente envió un emisario al rival diciéndole que, si quería evitar mayores males, tendría que entregarle al soldado autor de la violación y, además, los terrenos que acababa de cederle, para remitirlos al labriego como indemnización por el atentado cometido en la persona de su hija.

El belicoso enemigo se negó a dar la satisfacción pedida, y haciendo volver a sus huestes, se entabló una feroz batalla que duró treinta horas y de la que resultaron más de quinientos muerto. Pero el campesino se posesionó de las tierras y el honor del feudo quedó vengado.

Para que el jefe de una tropa autorizase estos desmanes sexuales de los vencedores con las mujeres de los vencidos era preciso que los móviles de la contienda fuesen motivos irreparables;

de otra forma, jamás se llegaba a tales extremos, con el fin de evitar que las guerras no terminasen sino con la muerte del último soldado. Todo esto sucedía antes de que se introdujese en las costumbres la inteligentísima reforma de los "voshiwaras", en los que las "geishas", galantes artistas, conseguían con sus atenciones sexuales desbastar las asperezas del violento impulso de aquellos hombres feroces, que eran tan sensibles al amor como insensibles a la muerte.

En toda Europa no es posible encontrar nada que se parezca a esa insólita caballerosidad de los guerreros asiáticos que, como se ve, no era del exclusivo patrimonio del alma; sólo en la época de la caballería es cuando hay algo análogo en la actitud de aquellos militarotes medievales, pero sólo con respecto a las damas de alcurnia, a las que se respetaba casi siempre, porque no era noble en un noble caballero abusar de la triste situación de una dama vencida.

Pero saliendo del área de las mujeres de la nobleza, es precisamente en la Edad Media cuando la mujer pasa a formar parte del botín de los vencedores, los cuales fijan el número de doncellas que es preciso entregar, lo mismo que si se tratase de otro aspecto del avituallamiento.

Como reacción contra la doctrina ascética y consecuencia del impudor de las costumbres, hay organizadores de ejércitos, que ofrecen a los soldados esta clase de recompensas: las mujeres de los vencidos. Es entonces cuando mejor se aprecia lo que puede lograrse por el camino del erotismo, convenciendo así a los bigardos, campesinos y gentes de la peor calaña de que no hay mejor oficio que el de las armas para disfrutar los mejores placeres de la vida.

Los combatientes luchan con un ardor inusitado en demanda del botín sensual que se les promete. Ya no es la parte de los tesoros conquistados, ni las tierras, ni los ganados, ni los honores: es la mujer, simplemente, la recompensa anhelada. No importa exponer la vida si el triunfo se traduce en el placer infinito de violar doncellas, hecho que las leyes de la patria castigan con severidad suma. El saqueo, la violación y el asesinato adquieren entonces carta de naturaleza legal en los países invadidos. La soldadesca tiene amplia libertad para hacer lo que quiera con las mujeres de los vencidos, con sus haciendas y sus costumbres; los jefes de la chusma victoriosa les arengan con estas promesas

fascinadoras: "¡No hay piedad para el vencido! ¡Robad, asesinad, destruid, violad a las mujeres madres, esposas, hijas y hermanas de los enemigos!..." Y ante el brutal mandato, la canalla excitada da rienda suelta a los peores instintos y a los más perversos deseos que acumuló en muchos días de incertidumbre, de penalidades, de jugar con la muerte para salvar la vida y, aseguida, saborear el triunfo embriagándose de todos los deleites.

Especialmente en las contiendas de los nobles teutones es donde con mayor intensidad se manifiesta esa finalidad de las mesnadas. Hubo una época en que las puertas de las cárceles estaban abiertas para todos los reclusos delincuentes y confesos de las mayores atrocidades con tal de que tomasen las armas a favor de los influyentes señores germanos. Dentro de la unidad de aquel ejército irregular había un clase integrada por los asesinos más feroces, los cuales se distinguían por sus crueldades con las mujeres. Una tropa de éstas, capitaneada por un antiguo jefe de bandidos llamado Rehner, se había "especializado" en la violación de las niñas de los enemigos, hasta el punto de que en un mes cometieron más de dos mil crímenes de esta naturaleza.

Las criaturitas eran sometidas a los más crueles tormentos sádicos que pueden imaginarse, y estos hechos tenían lugar en las iglesias y conventos. Si los enemigos reaccionaban, los invasores se deshacían de sus víctimas asesinándolas sin piedad. Todos estos horrores eran cometidos con el beneplácito de los jefes, que sabían que, de oponerse a ellos, hubieran aumentado las deserciones y disminuído el reclutamiento.

Posteriormente empieza la célebre guerra de los Treinta Años, en 1618, originada por motivos religiosos, y que después deriva por las causas de la política. Los bandos se dividen en partidarios del catolicismo y del protestantismo, y mientras los primeros mantienen, en lo que a la sexualidad se refiere, el ideal ascético, los segundos se someten a las leyes de la naturaleza y combaten el celibato eclesiástico. Pero resulta que aquellos que consideran al sexo como un pecado, cuyos ejércitos están integrados en su mayoría por gentes religiosas y educadas, son los que cometen mayores tropelías, no sólo con las mujeres de sus adversarios, sino también con las de aquellos que comulgaban en las mismas doctrinas.

Los campamentos llegan a estar dotados de una especie de

campamento anejo en el que sólo habitan mujeres, las cuales tienen la patriótica misión de satisfacer los deseos eróticos de la soldadesca. El hambre empieza a enseñorearse de tal forma de los países beligerantes, que las mujeres de los soldados no tienen más remedio que prostituirse para poder comer. Lo mismo los católicos que los protestantes quedan tan diezmados en las luchas de tan larga guerra, que de diecisiete millones que constituían la población al principio de la contienda, sólo quedan cuatro millones al final de las hostilidades.

En esta situación, la Dieta franca de Nuremberg toma en 4 de febrero de 1650 la decisión siguiente: "Puesto que el deseo del Imperio santo romano exige la reconstrucción de la población masculina, destruída por la espada, la enfermedad y el hambre, durante los diez años siguientes se permitirá a cada hombre casarse con dos mujeres." Al mismo tiempo, comoquiera que esta disposición se refería a los "ciudadanos honorables", los que no lo eran tanto, como los delincuentes y soldados, quedan en libertad de convertir los presidios y cuarteles en verdaderos laboratorios de producción de ese material humano que más tarde había de utilizarse en otras guerras.

La soldadesca superviviente, que había encontrado en la guerra un medio de vida relativamente descansado, y que, además, estaba integrada por los hombres más robustos del Imperio, deja por unos años las armas bélicas para esgrimir las amorosas. Naturalmente, las viudas y huérfanas eran numerosísimas, hasta el extremo de haber más de veinte mujeres por cada hombre. Por consiguiente, el derecho concedido a los ciudadanos honorables no es más que un estímulo para que el resto de los habitantes menos dignos se entreguen a las tareas de la procreación, sin otras obligaciones que respetar a las mujeres casadas. Pero en cuanto a las "nones", cualquier soldado podía hacer de ellas lo que quisiese con tal de fecundarlas (lámina 1).

Se establecen las penas más severas para castigar el aborto y el infanticidio, y la violación desaparece del catálogo legal. Un soldado, esto es, los hombres más vigorosos y sanos, tienen el derecho de violar a una mujer, mientras ésta está en la obligación de dar hijos a la patria diezmada por las guerras. En la misma ciudad de Nuremberg, donde residían los restos de aquellos sembradores de la muerte, que ahora se convertían en sembradores de la vida en virtud de una insidiosa ordenanza superior,

hubo soldados que vivían a la vez con diez mujeres, con las que, naturalmente, iban teniendo descendencia.

Todavía se organizaron algunas expediciones guerreras de menor importancia que las anteriores, que requerían, como es natural, la movilización de los soldados profesionales. Entonces fué preciso acceder a que acompañasen a los guerreros algunas de sus mujeres, creándose así un sistema de harenes ambulantes, que fué adoptado más tarde por otros ejércitos.

La fundación de las casas de mujeres denominadas "genitia" obedeció a las necesidades eróticas de la soldadesca, aunque en principio sólo fueron los señores y barones quienes podían costearse tal lujo. Los soldadotes, reclutados entre la nobleza del país —seguimos refiriéndonos a los teutones—, instalaban su campamento y a seguidas se ocupaban de la instalación de las mujeres que les entretenían en los ratos de ocio entre batalla y batalla.

Estas mujeres eran reclutadas entre las gentes de clase humilde, pero en su mayoría eran el producto de las contribuciones de guerra impuestas a los vencidos, que se distribuían los vencedores de la mejor manera posible.

Los poseedores podían disponer de ellas a su antojo, vendiéndolas, cambiándolas o alquilándolas. Al mismo tiempo, los señores de los feudos estaban en el derecho de disfrutar de los encantos de las prisioneras hechas por los jefes de sus mesnadas. Cuando el señor tenía ganas de divertirse, uno de sus ayudantes recorría detenidamente las instalaciones femeninas de los campamentos, y de esta forma seleccionaba las que pudieran llenar mejor las aspiraciones sensuales de su poderoso amo. Los oficiales y los soldados sabían que no había medio de oponerse al ejercicio de este derecho de pernada que asistía al magnate, lo que dió lugar a querellas bastante graves que pusieron en peligro la unidad política de muchos feudos.

Lo mismo en Alemania que en Francia, los ejércitos iban acompañados de una nutrida representación del sexo femenino. Estas mujeres no siguieron a los soldados por motivos netamente sensuales, si bien muchas esposas conseguían autorización para marchar en pos de sus maridos. Se unían a las tropas por la razón de que éstas absorbían casi por entero la economía del país, puesto que todo se sacrificaba a las necesidades de la guerra. Las ciudades tenían que resolver el gravísimo problema de la alimentación con los escasos recursos que les dejaban los

administradores de los ejércitos, cuyos hombres habían de estar bien alimentados si se quería lograr de ellos el mejor rendimiento bélico.

Por lo tanto, las sobras de los ranchos eran manjares mucho más suculentos que los que podían adquirirse en las ciudades. Fué el hambre principalmene lo que empujó a esas mujeres a seguir a las tropas, soportando las mismas penalidades y peligros que los soldados. Por otra parte, estas desgraciadas necesitaban la protección del hombre para poder vivir. Las muchedumbres famélicas que seguían a los guerreros estaban constituídas por mujeres y niños, que rendían su tributo a la muerte sin que les asistieran más derechos que aquellos que sus protectores querían concederles.

Unido a esto el desprecio que entonces inspiraba la mujer, huelga decir que la que se resolvía a unirse a la legión civil que acompañaba a los combatientes no podía esbozar la menor protesta ante los atropellos de toda índole de que se les hacía objeto. En consecuencia, tales harenes ambulantes se consideraron como inevitables, porque la soldadesca se había habituado a este procedimiento fácil de satisfacción de sus necesidades animales, y las tentativas que se realizaron para reprimir aquellos desmanes resultaron completamente inútiles y contraproducentes.

Las mujeres que los vencidos no podían poner a salvo, pasaban a formar parte del material erótico de los vencedores, y en muchas ocasiones, como la necesidad no entiende de patriotismos, las huestes femeninas se pasaban a los enemigos para aplacar el hambre que las diezmaba. En consecuencia, aquellos campamentos parecían inmensos prostíbulos en los que se manifestaban todas las muestras del más desenfrenado libertinaje que pueden imaginarse.

PARIS, 1914-1918

La explosión del patriotismo.—El estado emocional.—Las mujeres y el entusiasmo bélico.—la despedida de París.—La democracia del erotismo. El sacrificio de la honestidad en el altar de la patria.—Facilidades para ser madre soltera.—Los americanos.—El prestigio del uniforme.—Los negros.—Las madrinas de guerra.—El desenfreno erótico.—Las enfermedades venéreas.—Los permisos y su finalidad biológica.

París... fué siempre París: el centro universal de la elegancia, de la frivolidad, de la intelectualidad y del placer. Y la elegancia, la frivolidad, la intelectualidad y el placer, ¿qué son más que los componentes de la sensualidad toda?... Luego, al final de todo ese camino, la mujer es la meta de todas las ilusiones que inspira la gran ciudad a los sentidos de todos los hombres.

Antes de que estallase en 1914 la conflagración mundial, la capital de Francia representaba la suma de las más refinadas sensualidades. Todavía la moral tradicional había resistido al cáustico de esos refinamientos que no acababan de manifestarse en una expresión completamente pública. Los placeres tenían sus templos más o menos discretamente emplazados, y allí acudían sus devotos, llegados de todo el mundo, con el propósito deliberado de embriagarse unos días con aquellos deleites aromados por todas las fragancias más gratas a los sentidos. No obstante, mientras los instintos se satisfacían en la medida en que era permisible por las reglas de la moral y de la cultura establecidas, las excitaciones aumentaban en relación inversa al espíritu del progreso tendente a encauzar esos impulsos por los caminos del raciocinio y hasta de la castidad, como una orientación artificial basada, no obstante, en las leyes naturales.

Y estalló la guerra. En Francia, es decir, en París, donde el

odio a Alemania venía incubándose desde 1870, el patriotismo adquirió esos caracteres terribles que está más explicado ante las causas justas. La invasión de Bélgica por aquellas famosas huestes de caballería que fueron los "Ulanos" tudescos acabó de colmar la medida del patriotismo galo, que, inconsciente, como son en su mayor parte estas explosiones sentimentales, se desbordó como un mar contenido por los diques de la diplomacia y de la política, bien poca cosa para oponerse al impulso arrollador de las multitudes.

Todos los hombres, desde el más niño al más anciano, asistieron como actores y espectadores al soberbio espectáculo de la movilización. París, centro de la actividad política y social del mundo, punto de concentración militar y sede natural de todas las actividades francesas, sufrió en los días que precedieron a la contienda la más honda transformación de todos sus aspectos y valores, especialmente de esos "valores" que tan célebre hicieron la sugestión de París.

El enervamiento producido por la violenta conmoción bélica que amenazaba envolver por entero al mundo creó un estado emocional tan extraño, que en muchos días no llegó a registrarse en toda Francia un solo suicidio y las cifras de la delincuencia se redujeron al mínimo. Era como si el odio al enemigo común y la indignación producida por sus actos hubiesen tenido la virtud de borrar las diferencias y rencillas que pueden existir con aquellos con quienes se convive y consigo mismo. En 1913 se registraron en Francia 10.339 suicidios; en 1914, 8.386; en 1915, 6.652; en 1916, 6.363; en 1917, 5.982; en 1918, 6.164; en 1919, 7.889, etcétera, y en esta proporción vuelve a aumentar el número de desertores de la vida, hasta llegar a las cifras primeras.

Al impulso de morir se sobrepuso el de matar y, a la vez, el de construir también, como si el instinto de la vida comprendiese la necesidad de contrarrestar de antemano los trágicos efectos de la terrible conflagración que destruyó tantas vidas pletóricas de energía procreadora.

Este impulso se manifestó en múltiples formas bajo el estímulo violento de aquel nervosismo que tenía a los espíritus en una inquietud constante, excitando más a las mujeres que a los mismos hombres, que al cabo serían los actores principales de la magna tragedia. Esto se demostró cumplidamente en los días de agosto del 14, cuando las mujeres recorrían en manifestación los

grandes bulevares entonando canciones patrióticas alusivas al coraje francés y al sentimiento de la libertad y del honor que es común a los pueblos que saben mantener su democracia.

El entusiasmo patriótico se había desbordado hasta tal punto, que los simples soldados que transitaban por las calles eran tomados en hombros por la muchedumbre y paseados en triunfo, mientras las gargantas enronquecían de dar vivas y mueras y cantar la "Marsellesa". Durante los primeros días de la guerra no se trabajaba con actividad más que en los establecimientos militares y en los servicios del Estado. Los obradores y casas de modas, las fábricas, las oficinas y talleres y todos aquellos sitios donde trabajaban mujeres, tuvieron que cerrar sus puertas, porque la mujer se echó a la calle animada por el deseo inconsciente de transmitir a los hombres su entusiasmo bélico. Era como si el instinto de conservación, más acusado en las hembras animales y humanas, se aprestase a la defensa de la patria, que era la del pueblo francés, amenazado por las huestes teutonas, que ya se habían apuntado los primeros tantos del triunfo.

París era un hervidero de tropas. Por sus numerosas estaciones entraban y salían a diario trenes y más trenes llenos de soldados que llegaban de las provincias para marchar al frente. Estos hombres disfrutaban de veinticuatro horas de "descanso" en la Ciudad Luz. La sagacidad de los políticos franceses reconoció que era indispensable poner a estos hombres que iban a la muerte en contacto con los millares de mujeres que, llegadas también de toda Francia, entonaban a diario sus cánticos sensuales de amor a la vida.

Todo eran facilidades para los "poilus" y la población rivalizaba en hacerles objeto de toda clase de atenciones y agasajos. Pero las mujeres sobre todo, en las que el entusiasmo seguía vivo, demostraban con todo género de pruebas el fondo masoquista de su admiración por la fuerza al erigir a aquellos peludos en ídolos de su patriotismo.

No había límites de separación entre las mujeres honestas y las profesionales del amor; lo mismo unas que otras, burguesas, prostitutas, empleadas, modistillas y obreras, parecían no tener otra misión que la de divertir a los soldados que así querían despedirse de la vida. Todas ellas les hacían recomendaciones y promesas más sugestivas que las que les hubieran hecho en una vibrante arenga sus propios jefes. Las noticias que venían del

frente no eran al principio de las hostilidades todo lo gratas que se hubiera anhelado. No obstante, París no se daba perfecta cuenta de que en Laón, en Compiegne y en otras ciudades próximas al frente no había una casa donde no se cuidase a un herido víctima de los primeros choques con aquel enemigo que, victorioso en Bélgica, no podía ser contenido por la relativamente débil resistencia francesa.

Los primeros aviones, los célebres "taubes", empezaron a volar sobre París, de acuerdo con las indicaciones del servicio de espionaje, haciendo las primeras víctimas; hasta entonces no habían visto los parisienses la sangre de la guerra, ni notado las consecuencias directas de la contienda, que en este sentido venían a destruir el máximo encanto de París: la vida de noche. La Ciudad Luz se convirtió en Ciudad Sombra. Los bombardeos aéreos nocturnos obligaron a las autoridades a dictar las más severas medidas de precaución, hasta el extremo de que en el solo hecho de encender en la calle un cigarrillo era sancionado con una fuerte multa.

Esta medida era tanto como la muerte de París, ahora, cuando se hacía de absoluta precisión que viviese. Los contingentes ingleses, australianos y canadienses necesitaban también de "le charme de Paris", porque esta promesa influyó bastante en el ánimo de los expedicionarios. Pero si soñaron con un París jocundo, luminoso y agitado, se encontraron con una ciudad triste, sombría y tranquila, con esa tranquilidad oficial impuesta por las autoridades, que es la más insoportable de todas.

Pero hubo un gran recurso: los "cabarets" apagaron las luces del exterior y, en cambio, se aumentó la iluminación de la extensa ciudad subterránea, cuyos principales centros fueron las estaciones más profundas del "Metro", convertidas en refugio de la población ante las incursiones de los aviones y zeppelines tudescos, que habían dado en violar las leyes de la guerra acordadas en los tiempos de paz.

Los soldados que iban a partir para el frente se despedían de París en los brazos de aquellas ardientes patriotas cien por cien. De día, eran las "midinettes" y dactilógrafas las encargadas de satisfacer el erotismo de los soldados, aplacando de paso los deseos de su propia sensualidad, hechos de entusiasmo y admiración por aquellos hombres jóvenes y vigorosos extranjeros y uniformados. Estas eran las que prestaban el servicio diurno, porque,

hijas de familia, no debían permitirse otras libertades. El servicio nocturno corría a cargo de las profesionales, prostitutas y artistas, y de aquellas otras que no tenían tantos prejuicios.

Todos los hoteles de la gran ciudad, las "meublées" y demás establecimientos similares se habían convertido en activas mansiones de placer. No era posible oponerse a la demanda de aquellos soldados limpios y correctos, que gastaban a manos llenas libras y dólares. Estos establecimientos estaban como militarizados, y si alguna pareja perfectamente honesta que acababa de contraer legítimo matrimonio llegaba a una habitación del "Claridge's", había de leerse las instrucciones que acerca del empleo de los preventivos habían hecho fijar en las paredes las autoridades militares, exponiendo en seis o siete idiomas, pero de una manera clara y grave, los peligros que para los imprudentes podían derivarse de una conducta desatinada.

El erotismo era como una ola que todo lo arrollaba. No existían convencionalismos ni dictaduras morales; lo mismo que los antiguos gladiadores romanos saludaban al César antes de morir en la arena del circo, los soldados retaban a la muerte embriagándose de vida. Las patrullas especiales tenían la misión de recorrer todas las casas donde el amor pudiera tener un albergue propicio en busca de los rezagados, porque muchos de ellos se mostraban más partidarios de los encantos de Venus que de las emociones de Marte. Muchas veces los encargados de esta busca tenían que esperar a que sus compañeros cumplimentasen el mandato de su naturaleza para poderles conducir a los cuarteles, no siendo nada extraño el espectáculo de alguno que se echaba a la calle en ropas menores, llevando bajo el brazo un lío hecho con el uniforme y el armamento.

En esta época las prostitutas hicieron su agosto, pero no tanto como hubiera sido posible sin la competencia de las mujeres honestas, que prestaban sus servicios de una manera completamente desinteresada. Hubo mujer que en una noche de trabajo en cualquier burdel de las traseras de los bulevares ganó más de dos mil francos en todas las monedas del mundo. Otras muchas dejaron de cobrar otro tanto porque sus amantes ocasionales tenían a bien destinar el dinero a otros menesteres, creyéndose en uso de un perfecto derecho al disfrutar de los encantos de unas mujeres cuya patria iban a defender desinteresadamente, con grave peligro de la vida.

En cambio, las honestas realizaban este sacrificio de sus honestidad en el altar de la patria, porque la admiración que despertaban los soldados se inspiraba en la fuerza, lo que constituye para las mujeres normales uno de los más importantes elementos de la atracción sexual.

Al mismo tiempo, los natalistas desarrollaban una inteligente labor política precautoria adivinando lo que iba a suceder. El Estado abrió nuevas casas de maternidad y "nurseries", en las que la mujer no necesitaba más que estar próxima a dar a luz para recibir todo género de cuidados en alojamientos confortables y alegres. Los escritores empezaron a producir un género de literatura natalista que se basaba en el amor libre, en la poligamia, en las necesidades de la patria, en una palabra. La antigua glorificación de la virginidad se convertía ahora en la glorificación de la manternidad: era más vergonzoso ser virgen pura que madre impura; la virgen no prestaba a la patria ningún servicio y era un parásito improductivo y despreciable. Pero la que noblemente alegraba unas horas a un soldado, prestándole ánimos para marchar al frente y después albergaba en su seno la semilla de un ser nuevo, cumplía con su deber de mujer francesa consciente de sus más nobles obligaciones para con la patria, que reclamaba entonces el más acendrado esfuerzo de todos sus hijos.

Esta táctica de los natalistas dió lugar a que se instituyese el sistema de los "mariages de guérre". Así contrajeron matrimonio numerosas jóvenes francesas y muchísimos soldados de los ejércitos extranjeros que combatían en Francia. Muchas amistades o intimidades de pocos días acababan por convertirse en matrimonios legítimos, que servían de base a una monogamia ordenada y fructífera que reservaba ciertas ventajas a los combatientes. En primer lugar, todo soldado que contraía matrimonio en estas condiciones tenía derecho a una prolongación de dos o tres semanas de permiso, y después también disfrutaba de otras licencias de algunos días al mes para visitar a su esposa y hacer todo lo posible por que su mujer no permaneciese estéril.

Quienes batieron el record en este aspecto fueron los soldados americanos; si hubiesen intervenido en la guerra al principio de la contienda, estos soldados-turistas, que se emborrachaban como energúmenos, habrían hecho bastante por el aumento de la población infantil francesa.

Si el libertinaje había sido mucho a la llegada de los canadienses y neozelandeses, la presencia de los americanos en los campamentos de Calais, primero, y en los de París, después, desbordó el sentimentalismo de las francesas, fascinadas por los encantos de las películas y de los dólares de los americanos. Los hijos del Tío Sam eran, sin duda alguna, los más bellos tipos deportivos que podían imaginarse. Además, su audacia contrastaba bastante con la relativa timidez británica. Las parisienses se "rifaban" materialmente a estos bravos mozos defensores de la patria francesa y de los intereses del Vall-Street neoyorquino.

Fué tanta la admiración que despertaron estos hombres, que su presencia en París absorbió por entero el interés sexual de las francesitas. Una joven aristócrata de una ciudad que cayó en poder de los alemanes fué la protagonista de una aventura que citan varios autores. Esta joven acostumbraba a tomar el aperitivo en un café del bulevar de los Italianos, donde se reunía lo más selecto de París. Un día la provinciana vió pasar a un apuesto joven uniformado, con muchos galones en las bocamangas de la guerrera. El porte marcial del muchacho y, sobre todo, su juventud, la hicieron concebir la ilusión de que se trataba de un joven jefe americano que acaso no fuese insensible a los encantos de una mujer bella. Pasó un día y otro, siempre a la misma hora, ante la terraza del café, y siempre la miraba con visible interés, pero sin responder a las insinuaciones de ella. Hasta que un día, en vista de que la montaña no iba hacia ella, la muchacha se resolvió ir a la montaña. Y sin más preámbulos, valiéndose del botones del café, hizo llegar hasta el mozo una perfumada misiva, en la que, en un inglés correcto, le invitaba a que la visitara en su habitación de uno de los más importantes hoteles. Y, la carta, sobre poco más o menos, empezaba así: "Señor oficial del ejército estadounidense..."

En efecto, el joven acudió a la cita, y al saludarle ella en inglés, el muchacho correspondió en un francés correctísimo, que no dejaba adivinar su origen trasatlántico, lo que la aristócrata interpretó como un signo de magnífica cultura y de corrección suma. Y empezó el idilio.

A los cuatro o cinco días de estas relaciones perfectamente corteses, el oficial pasó a compartir con la aristócrata sus habitaciones del hotel. Tan impetuoso fué el amor de aquella pareja, que el oficial abandonó sus obligaciones militares, pretextando un permiso de sus jefes. Pero como aquella situación no podía

prolongarse, ya que la enamorada no dejaba de interesarse por la fecha de su marcha hacia el frente, resolvieron casarse y solicitar el permiso nupcial correspondiente. En efecto, el muchacho, siempre correcto, se acogió a los beneficios de las leyes francesas, y previa su conversión al catolicismo, el matrimonio tuvo lugar en una sencilla ceremonia en la iglesia de Saint-Jacques, a la que no asistieron más que los testigos imprescindibles: los condes de X, por parte de la joven, y dos amigos franceses, por la del americano. Inmediatamente la pareja marchó hacia la Costa Azul, donde ella poseía un hotelito propicio al ardiente idilio.

Regresaron a París al cabo de un mes, y al llegar al Quai d'Orsay, se aproximó a la pareja un muchacho, que saludó al recién casado con la mayor familiaridad, hablándole de la oficina, de la extrañeza que había causado su desaparición, de la inquietud de su madre, que seguía al frente de su tenderete de verduras, etc.

Todo esto extrañó sobre manera a la recién casada, que no acertaba a explicarse tan extrañas circunstancias. El oficial despidió como pudo a su amigo y marchó con su esposa al hotel, aunque seguido en otro automóvil por el amigo, que al poco tiempo se presentó con la madre del desaparecido. Y entonces se descubrió toda la verdad. Ni era americano ni oficial: se trataba simplemente de un "botones" de un establecimiento de confecciones para caballero, y el uniforme no era más que el producto de la fantasía de su jefe, que, en efecto, había elegido un figurín parecido al de la oficialidad del ejército estadounidense. Así, pues, toda la poesía de aquel amor quedó destruída por la prosa de la realidad más risible. El sagaz muchacho no hizo más que "seguir la corriente" y aprovecharse de la candidez de la provinciana, con "tan fatal acierto", que la dejó embarazada. Pero como todo encanto había quedado destruído y el matrimonio había sido un solemne estafa, la pareja se divorció de común acuerdo, aunque ella hubo de entregar al marido una fuerte suma para evitar que promoviese un escándalo.

El prestigio del uniforme americano fué aprovechado por muchos vividores para crearse situaciones parecidas a la del caso, rigurosamente auténtico, que acabamos de exponer. Las autoridades militares se vieron en la necesidad de intervenir en algunos asuntos de esta naturaleza; pero comoquiera que los hechos

no afectaban en nada a la disciplina, estos suplantadores se aprovecharon de la fascinación que en el ánimo de las mujeres ejercían los uniformes para sacar de sus encantos el mayor partido posible.

Donde más se significó, si cabe, el elemento exótico de la atracción sexual fué en las relaciones entabladas entre estas delicadas mujeres francesas y los toscos y gigantescos soldados de color de las colonias francesas e inglesas, que constituían en el frente las fuerzas de choque.

Estos hombres, que de siempre mostraron una inclinación especial hacia las mujeres de piel blanca, eran "servidos" a las caprichosas por una agencia de matrimonios y otros asuntos de parecida índole, instalada en una calle del barrio de la Estrella.

Entonces se puso de moda entre las elegantes asistir a los tés y bailes de los salones acompañadas de aquellos "caprichos" exóticos y hercúleos, que tenían fama de infatigables en lo que atañe al amor experimental.

Muchas prostitutas de alto bordo y artistas célebres de los "music-halls" se hacían acompañar por sus amantes negros, a los que uniformaban con arreglo a los figurines más refinados, siempre que no perdiesen la unidad necesaria. Un sastre de la Puerta de Champerret se especializó en la confección, y sin apartarse de los patrones militares, construía las prendas con mayor elegancia que los uniformes de serie.

Otras, por el contrario, preferían a sus amantes en "su propia salsa", es decir, tan mal vestidos y lo mismo de sucios que andaban por las trincheras. Una estrella del "Folies" se exhibió durante varios días en unión de un tirador senegalés que tenía la guerrera ensangrentada y el casco atravesado por dos balazos. Pero esta mujer hacía algo más que exhibirse; su amante, un financiero, la encontró una noche en el lecho con el negro, y quiso abofetearla. Pero el senegalés, que medía dos metros de la raíz del pelo a la planta de los pies, cogió al celoso como a un muñeco y lo arrojó a la calle por el balcón correspondiente a un quinto piso. El soldado marchó al frente al otro día, y la artista, locamente enamorada, le siguió hasta Mons, donde logró colocarse como doncella de una pensión, única forma de encontrar albergue y estar cerca de aquel salvaje que tan vivamente sabía tocar los resortes de su caprichosa sensualidad. Al firmarse el armisticio el negro había ganado los galones de sub-

oficial y ella ponía a disposición de la patria a dos robustos mulatos.

Junto a la esposa del soldado existía la "madrina de guerra". Los periódicos insertaban en secciones especiales las demandas de este género de relaciones, cuya finalidad era esencialmente erótica. Hubo agencias que obtuvieron ingresos verdaderamente fabulosos arreglando estas "liaisons" entre los combatientes y las caprichosas de todo el mundo, ya que no fué sólo Francia el país donde encontraron sus entretenimientos epistolares los que no podían soportar con calma el tedio de los largos intervalos de las batallas.

Durante los primeros meses de la contienda las gentes se conducían aún con cierta discreción, porque la guerra no asumía los tremendos caracteres que alcanzó después. Pero al finalizar el año 14, la llegada de los permisionarios de Navidad acabó de operar la transformación de París. Los soldados regresaban hartos de sufrimientos y ayunos por completo de placeres. Sabían que después de aquellos cortos días de alejamiento del escenario bélico se realizaría la actividad guerrera; el mando concedía estos descansos para poder disponer luego de fuerzas frescas.

Y París fué entonces un inmenso burdel del que se había apoderado la orgía de la locura guerrera. En los jardines, en los parques, en los cafés y hasta en las calles, los hombres daban rienda suelta a la brutalidad sexual acumulada en aquellas largas vigilias; la inminencia de la muerte, de la que se consideraba milagroso librarse, impulsaba a los permisionarios a los más avanzados extremos del deseo, que se satisfacía de cualquier forma, violentamente, sin frases inútiles, sin preludios ni nada. Hubo días en que las mujeres verdaderamente honestas no podían salir a la calle a ciertas horas. El alcohol y la lujuria enrarecían el ambiente con sus vahos de fuego. Las patrullas de vigilancia tenían órdenes severísimas para reprimir estos desmanes de la soldadesca embrutecida. Los espectáculos todos, "cabarets", "music-halls", teatros y otros centros parecidos insertaban en sus programas los rótulos más atrayentes y los resúmenes más atrevidos de lo que ocurría de puertas para dentro, sin otra finalidad que divertir y complacer al soldado. Esta verdadera demencia sexual había invadido el campo del arte, y así fué como en los es-



EL EROTISMO EN LAS GUERRAS ANTIGUAS

Antiguamente, la mujer formaba parte del botín que los vencedores exigían de los vencidos. Las mujeres, por lo tanto, no eran más que un objeto al que sus poseedores se jugaban a los dados, vendían, regalaban y sometían a otras vejaciones por el estilo. Una de estas escenas es la reproducida en la presente acuarela del pintor alemán A. Wilke.

LAMINA I

tistas y camareras que frecuentaban la compañía de los soldados las víctimas de tales desmanes, a los que no había manera de poner freno.

Por otra parte, estos hechos no llegaban sino muy rara vez a conocimiento de las autoridades, a no ser que hubiese alguna persona, un novio o un amante, que protestase del atropello. La finalidad que perseguían las mujeres era la de marchar al frente, donde el negocio de la prostitución producía beneficios saneadísimos, especialmente en las filas inglesas y americanas.

En algunos establecimientos "pour soldats seulement", situados en los barrios viejos de París, podían presenciarse los espectáculos más obscenos que pueden imaginarse, pero a base de viejas prostitutas vueltas a la circulación por necesidades de la demanda, ya que las más agradables se recluían para servir a las agencias y a los profesionales de la explotación de mujeres, que jamás se dirigían a más de un cliente para proponerle la mujer a quien representaban o explotaban, temerosos de que pudieran unirse tres o cuatro, llevándosela por la fuerza.

En los burdeles más célebres y caros, los propietarios se habían visto en la necesidad de montar un verdadero servicio de protección, valiéndose de matones profesionales, que actuaban discretamente ocultos, para intervenir en un momento dado. Este sistema dió buenos resultados en algunos establecimientos de vida alegre, pero en otros se originaron verdaderas tragedias, porque el soldado a quien le habían impedido salirse con la suya de una manera violenta, regresaba en la primera ocasión, en unión de varios compañeros, realizando verdaderas "razzias" con los matones y con el establecimiento.

Las autoridades se convencieron de que todas las precauciones que se tomasen para evitar estos desmanes habían de resultar inútiles y contraproducentes. Por otra parte, el único castigo que podía aplicarse a los contraventores de las disposiciones de policía consistía en reintegrarles al frente, suspendiéndoles el permiso; pero esta medida estaba en oposición con la orientación del mando, que concedía estos permisos con el fin de refrescar a las tropas después de muchas semanas de pasar penalidades y privaciones en las trincheras.

Estas razones habían llegado al ánimo de los soldados, y en ellas encontraban el suficiente apoyo moral para cometer sus tropelías. Se llegó a suprimir el alcohol, prohibiéndose a los establecimientos que despachasen bebidas a los soldados. Esta disposición pudo ser observada durante algún tiempo, instalando patrullas en los cafés, bares y casas similares; pero como la medida requería la distracción de bastantes fuerzas, no hubo más remedio que desistir de su aplicación, especialmente cuando el empuje alemán se hizo más vigoroso, poniendo en grave peligro a París, donde ya habían explotado las granadas del célebre "42".

Las prostitutas recibieron también órdenes severísimas acerca del cumplimiento de las disposiciones de policía sanitaria, porque las enfermedades venéreas habían alcanzado una difusión enorme, ocasionando grandes bajas en las tropas. Las numerosas clínicas instaladas en París resultaban insuficientes para atender a la gran cantidad de enfermos venéreos que necesitaban tratamiento, y que no podían regresar al frente en tales condiciones. Al propio tiempo, como la enfermedad no era del todo incompatible con la incontinencia, los casos de infección se multiplicaban de una manera alarmante, y los médicos se vieron obligados a plantear la cuestión a las autoridades. Fué, en resumen, una época de más de cuatro años de verdadera anarquía erótica, de terribles desenfrenos sexuales imposibles de contener, pese a todos los esfuerzos que se realizaron en tal sentido. La soldadesca que salvaba la piel en las trincheras y llegaba a París con permiso sabía que cada vez eran menores las probabilidades de escapar con vida de la contienda. Fué, pues, no el desprecio a la existencia, sino el temor a la muerte, lo que impulsaba a todos a disfrutar de todo género de placeres y, sobre todo, de los sexuales, como si en el fondo de aquella ansiedad irreprimible latiese el afán inconsciente de sembrar la semilla antes de que fuera destruída por la terrible guerra, de la que no se veía el fin.

La utilidad biológica que obtuvo Francia de todo este caos sexual se la debió a las madrinas de guerra, verdadera institución formada por modistillas, estudiantes, empleadas y pequeñas burguesitas, que soñaban con el regreso de sus ahijados para rendirles el homenaje sincero de su admiración o de su cariño. Al poco tiempo de iniciarse esas relaciones epistolares, el inevitable erotismo de la guerra establecía entre los amigos francas corrientes de simpatía sexual. El soldado que permanecía inactivo en las trincheras no tenía más satisfacciones que la llegada del correo

con la misiva de la amada incógnita, que él besaba en sus delirios de adoración fetichista.

Luego, a la hora del encuentro, la pareja que tanto había soñado separada, hacía lo posible por dormir junta. Así hubo muchísimas madres solteras que dieron a luz hijos sin padre, hijos de la guerra que truncó tantas ilusiones lícitas en aquellas pobres cabecitas románticas que entregaban su amor sin reservas a los elegidos de la muerte.

Junto a esas parejas que buscaban la complicidad del vino para sus desmanes con prostitutas y mujeres demasiado fáciles se veía a los permisionarios del brazo de sus madrinas, que no necesitaban otra complicidad que la de sus ilusiones para servir a la patria francesa dándole nuevos patriotas. Los literatos que intentaron destruir esas formas de amor salvaje, de ese libertinaje sexual improductivo, vieron que la madrina de guerra, la novia buena del soldado, era suficiente para reprimir los desmanes de los permisionarios sin necesidad de medidas policíacas. Por eso los periódicos insertaban gratuitamente esos anuncios y hasta la correspondencia de las madrinas y sus ahijados. Los periódicos también crearon oficinas de información por las cuales las muchachas podían conocer con exactitud la situación de las unidades en que figuraban sus amigos en el frente. Y el mando, de acuerdo con el Gobierno, concedía a estos ahijados todos los permisos posibles para que visitasen a sus amantes, que eran, ni más ni menos, el crisol de los nuevos ciudadanos, de los que tanto necesitaba la patria.

La propaganda natalista se recrudeció en toda Francia por medio de todos los procedmientos. Se crearon nuevas "nurseries" y casas de maternidad, y el Estado extendió su mano protectora a la mujer, que encontraba trabajo donde lo buscara y protección cuando la necesitase. Se dieron toda clase de facilidades para la celebración de matrimonios por poderes, especialmente a los soldados franceses. Pero esto no era más que un formulismo, porque lo que más interesaba era la procreación. Los escritores glorificaban a las madres solteras lo mismo que unos siglos atrás se entonaban alabanzas a las vírgenes. El Estado y las instituciones tenían que utilizar el erotismo desenfrenado de la guerra, haciéndole fecundo y productivo, para contrarrestar los des-

gastos de vidas que a millares y a diario se inmolaban en el frente.

Esta era, ni más ni menos, la justificación patriótica del libertinaje que se había apoderado de Francia entera. Todo era bueno, incluso la poligamia, con tal de aumentar las cifras de natalidad, que tan enorme disminución habían experimentado, no sólo por la muerte de muchos maridos, sino porque las mujeres se resistían a ser madres, poniendo todos los medios imaginables en demanda de la esterilidad, para evitarse el dolor y los trabajos de una maternidad destinada a producir material humano para que fuese diezmado en futuras guerras.

Y en este caos espantoso, en el que se estableció la pugna del instinto, del raciocinio y de la muerte, sólo fué el erotismo la razón de la existencia, la única finalidad que impulsaba a vivir a aquellos millones de seres humanos que buscaban la compensación biológica de sus padecimientos en la satisfacción violenta de unos deseos irrefrenables.

LA SEXUALIDAD EN LAS TRINCHERAS

Violaciones y asesinatos.—La legalización del aborto bélico.—Del erotismo, a la locura.—La prostitución masculina.—Cafés servidos por homosexuales.—Varias anécdotas curiosas.—La "Casa Frida".—Reglamentación de la homosexualidad.—La masturbación ante las imágenes excitantes.—El gran negocio de un dibujante francés.—Escritos y periódicos eróticos.—Instrumentos masturbatorios.—La infección venérea.—Los amantes de los cadáveres.

Toda esa violenta fiebre de erotismo que abrasaba de deseos a las gentes, se aplacaba de todas formas, dentro del área normal de la sexualidad, puesto que al hombre le era fácil el acceso a la mujer, la cual se mostraba casi siempre activa. Pero fuera de las ciudades y de los campamentos el contraste no podía ser más enérgico: en el frente, en las trincheras, en aquellas guaridas de lobo cavadas en la tierra o construídas al abrigo de las ruinas, la mujer no tenía nada que hacer, cuando pudiera haber hecho tanto. Para ver siquiera a una, era necesario, por lo menos, una herida. Y en este caso no eran más que enfermeras; unas mujeres que tenían que observar una disciplina tan severa como los soldados y que, además, no eran ni jóvenes ni bellas. Por otra parte, vista en esa ocasión, eran siempre inoportunas, a no ser que se tratase de herida "de suerte"; pero entonces eran sólo los practicantes o los médicos los que hacían las curas a espaldas de la línea de fuego o en los hospitales de sangre instalados en lás últimas líneas de trincheras.

Como ocurre siempre en todas las invasiones, el ejército alemán, que arrasó Bélgica y una buena parte del norte de Francia, ocupándolo durante bastante tiempo, si no tenía inconveniente en destruir iglesias y derrumbar catedrales y cometer

otros desmanes, mal iba a detenerse en consideraciones morales de otra índole, que ya no afectaban a las necesidades estratégicas, sino que se referían a las necesidades personales de los soldados. Como buenos tudescos, no olvidaron las mañas heredadas de sus antecesores medievales acerca de la misión que deben cumplir las mujeres de los enemigos. Las violaciones y los asesinatos eran un número incluído en el feroz programa de la conquista. No hubo mujer, joven o vieja, que no sufriese las consecuencias de la furia erótica de la soldadesca victoriosa. Tantas fueron las atrocidades cometidas, que en el Parlamento francés se aprobó la proposición presentada por los diputados de las regiones invadidas acerca de hacer legal el aborto.

Las infinitas mujeres violadas y hechas madres contra su voluntad por los odiados invasores se dirigieron a los representantes parlamentarios en demanda de los necesarios auxilios para destruir en su vientre los frutos de aquellas bárbaras fecundaciones. Los más prestigiosos sabios franceses, médicos, sociólogos, literatos y religiosos, votaron en pro del "aborto bélico", que debía ser efectuado en las siguientes condiciones: a), "que sea practicado lo más pronto posible". b), "exclusivamente por médicos", y c), "sólo a requerimiento de las interesadas". Estas medidas son más que suficiente para dar una idea ligera de lo que fué este aspecto de la guerra y de la facilidad con que los alemanes resolvieron el problema sexual planteado por falta de mujeres propias.

Al ser contenido el avance por la resistencia de los contingentes francoingleses, las mujeres belgas y francesas encontraron la ocasión—infinitas la muerte—de salvar las líneas alemanas en demanda de la tranquilidad, del respeto y del aborto, que había logrado una legalidad transitoria. El escarmiento sufrido hizo que la población femenina quedase reducida a cero en las regiones invadidas. Después, al llegar junto a las tropas amigas, ya no había razones que justificasen, por ejemplo, el aborto, ni la violación, ni ningún desmán parecido, ya que siempre había facilidades para evacuar esas necesidades, valiéndose de la inmensa legión de prostitutas que llegaron a todas las ciudades del frente.

Pero en las trincheras, en aquellas verdaderas ciudades subterráneas donde vivían o iban muriendo poco a poco muchos millares de hombres consumidos por la miseria, por la ansiedad y,

sobre todo, por la enervante quietud de las largas esperas, el aspecto se presentó con los caracteres más terribles. Regimientos enteros de hombres jóvenes y vigorosos yacían sepultados en vida, con la constante amenaza de la muerte cerniéndose sobre sus cabezas. Aquel estatismo, aquella inactividad y el temor de no ver de nuevo la luz de otro día mejor, enardecía a los soldados, que combatían el tedio y la desesperación por todos los procedimientos imaginables, arbitrados por una imaginación exaltada y fecunda en espejismos. Ninguna de las muchas novelas de guerra aparecidas unos años después de la contienda han reflejado en sus páginas la espantosa tragedia sexual que sufrieron tantos millones de hombres condenados a vivir apiñados como fieras acosadas por la muerte. Sólo a través de los informes exentos de literatura, fríos y escuetos de los médicos es posible adivinar la magnitud del tremendo drama de aquellos infelices animales humanos.

El hambre furiosa del sexo, hambre implacable y cada día más feroz, llevó a los manicomios a más hombres que el pánico y las escenas bestiales de las batallas. En una trinchera alemana de las inmediaciones de Bethune, guarnecida por doscientos cincuenta hombres, se había instalado una especie de cientos cincuenta hombres, se había instalado una especie de "cabaret" servido por cinco jóvenes estudiantes berlineses que no tendrían más de diecinueve años. Los muchahcos estaban vestidos y adornados como las mujeres y, como ellas, hablaban y gesticulaban, sometiéndose a los caprichos de sus compañeros, que se turnaban para disfrutar de sus supuestos encantos.

Un jefe tuvo noticias de lo que ocurría, y aunque la trinchera estaba aislada y bajo el fuego de la artillería inglesa, consiguió llegar de improviso al refugio, encontrándose a toda la guarnición entregada a la juerga, siendo los oficiales que mandaban la fuerza los que parecían hallarse más divertidos.

El jefe trató de restablecer la disciplina, pero no pudo conseguirlo. Entonces, uno de los soldados se abalanzó sobre él, y a no ser por la intervención de uno de los oficiales, aquella chusma embrutecida le hubiera desarmado. Este gravísimo atentado a un superior se castiga siempre con la pena de muerte; pero en aquellas circunstancias la soluución hubiera tenido trágicas consecuencias.

Cuando el jefe se disponía a regresar a su base, los ingleses iniciaron un intenso bombardeo, por lo que no hubo más remedio que suspender la salida. En estas condiciones permanecieron bloqueados cinco días, hasta que los ingleses tomaron la trinchera, sin que sus defensores opusieran la menor resistencia. Y lo que más sorprendió a los vencedores no fué la rendición, sino el hecho de que el jefe, los oficiales y bastantes soldados estaban vestidos de mujeres con las ropas que habían arrebatado a una compañía de teatro que no pudo ausentarse de Bethune.

Se comprobó que todos ellos se habían entregado a las prácticas homosexuales y, además, que la mayor parte de los soldados, incluso el jefe y los oficiales, habían perdido la razón.

En los subterráneos de un castillo que formaba parte de una red de trincheras inglesas, en las cercanías de Soissons, fué descubierta un casa de prostitución masculina perfectamente organizada, en la que "actuaban" dos soldados franceses, uno inglés y tres alemanes. Este antro era visitado con bastante frecuencia por los oficiales, los cuales tomaban parte en las representaciones de teatro que se improvisaban por estos invertidos, poniendo en escena ciertas piezas de una obscenidad aterradora. Uno de los alemanes, excelente músico, era el más solicitado por sus modales completamente femeninos. Un médico que examinó este caso descubrió que se trataba de una mujer con notables caracteres de hermafroditismo, por lo que hasta entonces vivió como un hombre. Vuelta a su sexo verdadero, fué destinada a un campamento de prisioneros, donde desempeñó el cargo de enfermera hasta el final de la guerra.

La homosexualidad fué la solución más frecuente para el erotismo de estas masas privadas de medios normales de satisfacción. Un soldado alemán homosexual recibía a sus amantes en un nido de ametralladoras desmantelado. Una patrulla francesa le sorprendió en unión de uno de sus clientes más asiduos: un capitán, que, en su entusiasmo "amoroso", no se había dado cuenta del avance del enemigo. Este hombre se suicidó cuando aguardaba para ser interrogado por los jefes del servicio de información.

En las trincheras de segunda línea de las fuerzas británicas que defendían Cambrai funcionó durante cinco meses un café servido por cinco homosexuales que "habían sido llevados de una

ciudad francesa a solicitud de unos cuantos oficiales que no sabían cómo matar el "spleen". Este establecimiento estaba cuidadosamente aislado del resto de las trincheras, a las que había acceso por una puerta disimulada en los muros. Se entraba por medio de una contraseña especial que, como es natural, costaba el dinero. Los cinco invertidos practicaban toda suerte de fantasías, especialmente uno de ellos, que había actuado bastante tiempo como imitador de estrellas y transformista.

En las trincheras que desalojaron los alemanes después de la batalla del Marne se encontraron abundantes pruebas demostrativas de que la conducta sexual de sus ocupantes había dejado bastante que desear. En las ropas de un cadáver se encontró un consolador de caucho de grandes dimensiones, el cual era utilizado por un jefe de artillería para procurarse satisfacciones solitarias. El cadáver era de un ordenanza de este jefe, el cual le había mandado con el instrumento y con una carta, que le fué hallada, a otro jefe que guarnecía un puesto próximo. Al soldado debió sorprenderle la muerte cuando se disponía a cumplimentar el encargo de su superior.

En la habitación que ocupó un oficial se encontró una abundante correspondencia firmada por tres oficiales de distintos cuerpos y concebida en términos apasionadísimos. La habitación estaba intacta, según debió dejarla su dueño. Sobre los muebles había varios retratos con ardientes dedicatorias, flores, perfumes y un uniforme nuevo de teniente de artillería. En un cuaderno estaban escritas las memorias del dueño de todo aquello, así como un carnet de notas en el que tenía apuntados los nombres de los amigos que tenía que recibir en fechas determinadas. El día en que se descubrió esta habitación estaba asignado a un suboficial de ulanos, por la tarde, y a uno de los oficiales firmantes de algunas de aquellas cartas, por la noche, hasta la hora de la guardia, en que se entrevistaría con otros compañero de la misma unidad. Esto demostró que aquel invertido no desperdiciaba el tiempo.

En otra trinchera, los soldados franceses que la conquistaron conservaron durante mucho tiempo un gran cartel, que decía: "Casa Frida". El tal Frida era un soldado raso "entretenido" por varios oficiales, a los que distraía en sus largos ocios. La acometida francesa debió coger de improviso al ocupante de aquella

cueva, puesto que en un pequeño mueble se encontró una fuerte suma en metálico y algunas alhajas. También recogieron los vencedores dos senos de goma perfectamente imitados, ropas interiores de mujer y dos fotografías en las que Frida aparecía vestido de mujer. Este individuo era artista cinematográfico y había trabajado en los estudios Pathé-Frères, de París.

También se comprobó la existencia de una agencia de relaciones entre soldados, que debió funcionar con toda normalidad. Se encontró gran número de fotografías de soldados, con sus direcciones respectivas, todas ellas correspondientes a unidades que estuvieron destacadas en aquellas inmediaciones. En cada fotografía figuraban el nombre y las señas personales del interesado, así como sus preferencias y aficiones, honorarios por su trabajo y días en que podía visitar a sus clientes. Una de estas fichas estaba a nombre de un tal José Antonio López Escorial o Escuriel, de veintitrés años, alto, moreno y camarero de un café de Berlín. He tenido ocasión de leer esta ficha, que me llamó la atención por referirse, indudablemente, a un español.

Los teatritos, bares y "music-halls" para homosexuales abundaron tanto en las trincheras alemanas, que las autoridades no tuvieron más remedio que reglamentar aquella industria, que se manifestaba en franca competencia. En muchos de estos establecimientos se mostraban carteles y otros reclamos gráficos en los que aparecían soldados vestidos de mujeres adoptando diversas posturas, según el arte a que se dedicasen. Uno de los más célebres estuvo funcionando en las cercanías de Compiegne, y estaba construído a diez metros bajo tierra, formando una estancia muy amplia, en la que podían permanecer sentadas más de doscientas personas. El techo correspondía al antiguo emplazamiento de una pieza de grueso calibre, sobre la que antes de la guerra había habido una fábrica de galletas propiedad de un alemán. El teatro estaba decorado con sumo gusto, con elementos que sin duda fueron recogidos en las casas de la ciudad. A causa de una contraofensiva alemana, este refugio fué volado con una fuerte carga de dinamita.

Un lugar de recreo que alcanzó bastante celebridad entre los habitantes de un grupo de trncheras en los campos de Laon fué tomado por los alemanes y explotado después introduciendo varias reformas en el "negocio". Era un abrigo subterráneo que

había servido de depósito de granadas a los franceses y que en otros tiempos debió de ser la boca de una mina. En aquel antro se bailaba, se hacía música y se interpretaban piezas teatrales a cargo de una partida de invertidos que dirigía un sargento. Los alemanes tuvieron noticias de la existencia de aquel espectáculo, llegando hasta ellos la fama de los artistas, a los que un espía tuvo ocasión de ver actuar.

El espía hizo grandes elogios de la belleza de aquellos invertidos, lo que fué bastante para que planeasen un asalto al abrigo. Al efecto, se organizó un grupo de voluntarios que dieron el golpe con tanta fortuna, que los que montaban la guardia cayeron prisioneros sin poder dar la voz de alarma. Inmediatamente, como obedeciendo a una consigna, se inició una pequeña ofensiva, que terminó con el triunfo de los alemanes. Los artistas, a partir de entonces, siguieron "actuando" bajo la dirección de otra empresa, y la fama del establecimiento cundió por todas las líneas alemanas de aquella parte del frente.

Esta organización del vicio, de la que pudiéramos referir infinitas anécdotas, demuestra la normalidad de los procedimientos adoptados para atender a las imperiosas necesidades sexuales de aquellas colectividades masculinas. El éxito de tales establecimientos dependía en gran parte de la facilidad de su acceso, lo que ocurría en las trincheras de retaguardia. En las de vanguardia ya no era posible una organización tan meticulosa y, por lo tanto, los métodos tenían que ser distintos.

Huelga hablar de la masturbación, sistema que aun en la vida normal debe considerarse como un recurso natural de satisfacción. No obstante, en las trincheras asumía un carácter colectivo. Un oficial francés me refería que los soldados procuraban practicar esta modalidad sexual ateniéndose a las reglas higiénicas más elementales, para lo cual se reunían en una pieza de los subterráneos después de haber hecho la digestión del rancho. Una hora empleaban en los preparativos, y en el acto, al final del cual descansaban, otra hora.

La cueva, que había servido de despacho a unos oficiales de Estado Mayor, tenía las paredes blanqueadas, a fin de que pudieran servir de pizarras, sobre las que se dibujaban con carboncillo los mapas y planos necesarios para dirigir una operación.

Al ser abandonada por los técnicos militares, los soldados bo-

rraron los dibujos, restituyendo a las paredes su blancura primitiva. Esto se le ocurrió a un célebre dibujante colaborador de "La Vie Parisienne", el cual era el encargado de suministrar el necesario material erotogénico para producir la excitación adecuada en aquellos temperamentos nada difíciles de alterar.

Cada día el dibujante consultaba con sus compañeros acerca de los motivos que preferían ver plasmados en las paredes, y, al efecto, en unos minutos dibujaba las escenas solicitadas y aquellas que le dictase su fantasía, y que había que considerar como "fuera de programa". Unas veces era una mujer desnuda en la postura del coito natural; otras eran dos homosexuales; otras, un hombre safizando a una mujer, etc. Desde luego, según mi informador, los métodos normales no tenían gran aceptación entre aquellas gentes, que preferían todo lo más perverso. Un dia, a petición de un escatófago, tuvo que dibujar una figura de mujer realizando necesidades corporales mayores. El peticionario, cuando vió lo bien que el artista había interpretado sus deseos, sufrió un síncope de naturaleza supererótica, del que tardó en volver algunos minutos.

Un soldado provenzal prefería las escenas de flagelación. Era hijo de un ganadero muy rico, y cuando el dibujante hacía una cosa de su agrado, le regalaba un billete de cincuenta francos. Otro no se emocionaba como no fuera con figuras que representansen a una pareja de mujeres safizándose simultáneamente, y un tercero, ex alumno de una Facultad de Derecho, prefería las figuras de mujer masturbándose con una formidable imitación del miembro viril de un asno, en la que los testículos estuviesen sustituídos por alas de mariposa o de ave del paraíso.

Al mismo tiempo, este dibujante confeccionaba estampas pornográficas, que vendía a los soldados. Unas las hacía de propia iniciativa y otras respondiendo a los deseos de la numerosa clientela. Como se comprenderá, estas imágenes eran utilizadas por los soldados para sus maniobras autoeróticas, bien en común, o bien retirándose a cualquier rincón de las trincheras.

En otro punto hubo un escritor que se dedicaba a escribir cuentos y narraciones obscenas, que después leía ante un numeroso grupo de soldados, en el que no faltaban oficiales. Otro explotaba una linterna de proyección para reproducir en un lienzo fotografías y dibujos pornográficos. Estas sesiones tenían muchos

espectadores, que por este procedimiento calmaban las excitaciones producidas por las vistas y las explicaciones que acerca de las mismas daba el propietario de la linterna.

Las revistas, periódicos y fotografías eróticos alcanzaron enorme difusión en las trincheras. En las proximidades de Mons, las trincheras aliadas estaban tan próximas de las alemanas, que los enemigos se cambiaban las revistas y fotografías valiéndose de un perro de la Cruz Roja. Por este procedimiento los alemanes recibían material francés, y los aliados, material alemán. En una ocasión en que el perro no pudo prestar este servicio, un centinela alemán se acercó a la trinchera enemiga para entregar una expedición de fotografías y recibir otras tantas en correspondencia.

Un caso bastante original fué el de un soldado que, valiéndose de cámaras viejas de automóvil, confeccionó un maniquí, reproduciendo perfectamente la figura de una mujer dotada de todos los caracteres sexuales apetecibles. Con este maniquí se ganó unos centenares de francos, con cuyo dinero logró fabricar hasta cuatro, que vendió a otros tantos grupos de soldados. Estas figuras servían a los soldados para hacerse la ilusión de la realidad, puesto que la mujer artificial constaba de un depósito convenientemente situado que se llenaba con agua caliente.

Estos maniquíes circularon durante mucho tiempo en las trincheras, pero hubieron de ser recogidos y destruídos por las autoridades sanitarias, después de comprobarse que habían servido de vehículos de contagio en una verdadera epidemia de blenorragia, que causó extraordinaria extrañeza, ya que se demostró plenamente que hacía tres meses que los soldados no veían siquiera a una sola mujer. Entre los enfermos fué asistido uno que presentaba en la lengua y los labios unas llagas purulentas de carácter gonocócico, lo que se explica por el hecho de haber practicado con el maniquí actos sáficos.

En una requisa efectuada por los médicos militares fueron hallados numerosos instrumentos masturbadores que simulaban los órganos genitales femeninos. Estaban construídos de caucho y madera, y acondicionados de forma que pudieran lavarse con comodidad. El vello púbico estaba imitado con piel de cabra previamente rizada. Estos objetos eran fabricados en las trincheras alemanas, donde los adquirieron los soldados franceses. Muchos

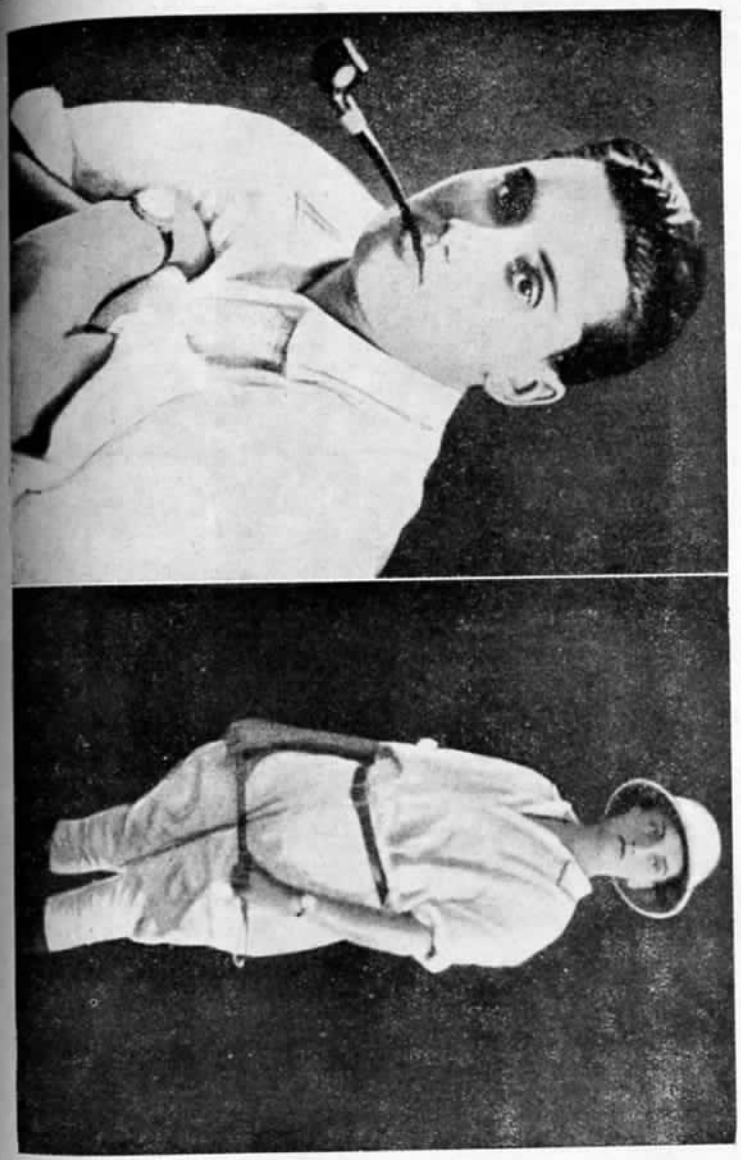
de estos paratos fueron destruídos, pero otros fueron conservados por sus propietarios "con la promesa de que no los prestarían", a fin de evitar la posible transmisión de cualquier enfermedad venérea.

Este aspecto de la sanidad fué lo que más seriamente preocupó a las autoridades médicas y, por consiguiente, al mando. Hubo épocas en que las bajas alcanzaron la enorme proporción del 16 por 100. Estos hombres, como es natural, tenían que ser retirados del frente y recluídos en los hospitales. Entonces se recrudeció la campaña de difusión de los preventivos, siendo los contingentes canadienses acampados en las inmediaciones de El Havre donde la proporción del contagio se redujo a cero, con la simple medida de no conceder a los soldados más de una hora de permiso para evacuar sus necesidades sexuales, al cabo de cuyo tiempo tenían la obligación ineludible de presentarse en las estaciones de desinfección para asegurar el éxito del tratamiento preventivo.

Se observaron infinitos casos de soldados que contraían las dolencias deliberadamente, ya que ello les aseguraba la estancia en el hospital durante un tiempo determinado, lo que les daba ocasión de sustraerse al peligro constante de la vida de las trincheras, que cambiaban gustosos por una enfermedad venérea nada grave, pero de largo tratamiento en buenas clínicas, limpias, y donde la alimentación era sana y abundante.

Cuando se comprendió la imposibilidad de controlar el estado sanitario de las prostitutas, lo mismo libres que con cartilla, que asediaban constantemente a los permisionarios, no hubo más remedio que recurrir al sistema de los prostíbulos ambulantes, medida que en algunas unidades produjo resultados inmejorables.

Fué entre los efectivos rumanos donde se adoptó primeramente este sistema de prostíbulo ambulante, hasta el extremo de que el mando puso a disposición de las mujeres varios autocamiones de administración militar convenientemente acondicionados, a fin de que pudieran seguir con facilidad a las tropas. Al mismo tiempo, el servicio médico organizó un sistema de profilaxis perfectamente dirigido, haciendo responsables a las mujeres de los casos de contagio que pudieran producirse. Por otra parte, las autoridades hicieron circular una orden por la cual toda prostituta que no estuviese "militarizada", es decir, que ejerciese su comercio de una ma-



EL "COMANDANTE PARKER"

Fué una mujer que, divorciada de su esposo, se casó con otra mujer después de haber combatido como un hombre en el ejército americano, donde obtuvo el grado de comandante. He aquí dos "poses" de la extraña mujer que vivió como un hombre.

LAMINA III



LAS MUJERES EN LA GUERRA

Jóvenes rusas del batallón femenino organizado por Kerensky y que combatieron contra los turcos y búlgaros dando muestras de una ferocidad insaciable.

LAMINA IV

nera clandestina, sería fusilada en el acto. La medida pareció un poco dura a dos mujeres que no quisieron someterse a tan inteligente control, y confiando en que la pena no sería tan grave, violaron las severas disposiciones, precisamente con dos oficiales. Estos fueron arrestados, y las mujeres pasadas por las armas sin formación de causa.

Los alemanes organizaron también un sistema parecido. A la puerta de los prostíbulos se instaló una clínica profiláctica atendida por un médico y dos ayudantes, los cuales efectuaban un reconocimiento de los candidatos a los placeres del sexo. Si estaban útiles y sin ningún síntoma, se les aplicaban las medidas preventivas a base de inyecciones de estovarsol, y si, por el contrario, estaban enfermos, eran inmediatamente dados de baja y trasladados a las clínicas especiales. En la célebre Lonja de Iprés funcionó durante el tiempo que duró la ocupación alemana una gran clínica de esta naturaleza.

Las dolencias sexuales revistieron en algunos puntos caracteres verdaderamente espantosos, no viéndose libres de ellas ni las criaturitas. Cuando el hambre fué una plaga más, la moralidad de las mujeres de los territorios invadidos por las tropas, amigas o enemigas, descendió al nivel más bajo. Refieren los cronistas que en muchas ocasiones, cuando se hacía un corto intervalo en las hostilidades, llegaban a las trincheras niñas de pocos años que se ofrecían a los soldados por un pedazo de pan. En los puestos avanzados sobre todo, estas visitas eran tan frecuentes, que los centinelas mataron a muchas mujeres tomándolas por enemigos. En una ocasión fué detenida una niña de doce años que en una noche cohabitó con nueve soldados. Conducida a una clínica, se comprobó que padecía sífilis y blenorragia en un grado avanzado. Algunas veces estas criaturas eran ocultadas por los soldados durante el día para divertirse con ellas por la noche. En las inmediaciones de Amiens fueron detenidas en una semana treinta y cuatro niñas de once a quince años, y todas ellas estaban afectadas de enfermedades venéreas que habían adquirido en sus relaciones con los soldados. Otras fueron fusiladas sin compasión, por comprobarse que a la vez realizaban funciones de espionaje.

Uno de los casos más espantosos de la lubricidad de estos soldados fué el siguiente: durante cerca de dos semanas, una jo-

ven belga frecuentó las trincheras alemanas vendiendo periódicos y libros a los soldados. El hecho de ser amiga de un oficial de Intendencia la permitía ir y venir de la ciudad a las trincheras, donde siempre obtenía algunos beneficios. La muchacha fué muy solicitada por los soldados, pero como su amigo el oficial la vigilaba de cerca, no podía acceder a aquellas proposiciones que se le hacían, cuya índole no es difícil suponer.

Puestos de acuerdo varios soldados, decidieron hostilizar a un puesto francés que siempre respondía con un nutrido fuego de ametralladoras que duraba cerca de media hora, lo suficiente para sembrar la alarma en aquella avanzada, débilmente guarnecida. Como lo pensaron lo hicieron, pero en ocasión en que la ambulancia en que había llegado la muchacha se disponía a regresar a la plaza por un camino estratégico. Aprovechando los momentos de confusión y siguiendo el plan trazado, un soldado disparó sobre la muchacha con intención de herirla solamente, pero con tan fatal acierto, que el proyectil la destrozó el cráneo.

Inmediatamente recogieron el cadáver, conduciéndolo al fondo de la trinchera, y mientras el grueso de la fuerza mantenía el tiroteo, los soldados que tramaron la hazaña profanaron repetidas veces el cuerpo de la infeliz vivandera.

Fingiendo que habían intentado curarla la herida, dieron el parte del fallecimiento, y al efecto se dispuso que fuera sepultada en el extremo de una trinchera próxima, donde yacían otros cadáveres. Pero los soldados, lejos de cumplir la orden de enterramiento, escondieron el cuerpo de la infortunada en un antiguo nido de ametralladoras y estuvieron sirviéndose de él durante cerca de un mes, hasta que un oficial descubrió la abominable trama y denunció el hecho a los superiores. Cuando fué sepultado el cadáver estaba en completo estado de descomposición, faltándole los dos pechos, una pierna y un brazo, que habían sido devorados por las ratas. El soldado que fué sorprendido por el oficial en el momento en que profanaba el cuerpo se negó a delatar a sus cómplices, de los que decía únicamente que habían muerto. Fué fusilado después de sometérsele a muy crueles castigos para que confesara, pero no hubo medio de sacarle una palabra. Un médico, en cuyo informe se refiere a este caso, aseguró que el soldado debía ser declarado irresponsable por tratarse

de un demente, pero su opinión no prosperó, y el infeliz, como decimos, fué pasado por las armas.

Cuando los alemanes tomaron Dixmude, se encontraron en las ruinas de un fuerte los cadáveres de dos mujeres que, aun encontrándose en un avanzado período de descomposición, presentaban huellas de haber sido utilizadas para satisfacer los apetitos sexuales de algún necrofílico. El mismo día se les enterró, pero a la mañana siguiente aparecieron violadas las sepulturas y profanados nuevamente ambos cuerpos. A pocos metros se encontró gravemente herido a un soldado belga a consecuencia de los disparos de un centinela. Se supo que las dos mujeres eran hermanas, y que el herido había sido su amante en vida. Murieron por la explosión de una granada, y el soldado condujo los cuerpos al sitio donde fueron encontrados por los invasores. La misma noche, como no se resignara a perder a las dos mujeres, a las que tanto amaba aun después de muertas, vió dónde habían sido sepultadas y desenterró los cuerpos con ánimo de llevárselos, siendo entonces herido por el centinela. Curó de la herida, pero se demostró que había enloquecido.

Otro caso parecido fué el de un soldado alemán, de Hamburgo, que mantenía relaciones homosexuales con un compañero. Este murió en un combate, y su amigo retiró el cadáver, escondiéndolo entre unas ruinas, adonde acudía a diario para seguir practicando en el cuerpo destrozado su vicio favorito.

Estos casos de necrofidia hetero y homosexual fueron tan frecuentes, que las autoridades se vieron precisadas a poner en ejecución las penas más severas. Y ya no sólo se practicaban estas perversiones con seres humanos, sino que hasta las caballerías caídas en el campo de batalla eran utilizadas por los soldados para sus fines eróticos. Durante más de quince días varios soldados se sirvieron de una yegua a la que el fuego de las ametralladoras había segado las patas. Después de muerto el animal, aquellos energúmenos prosiguieron en sus brutales aficiones, hasta que una granada piadosa destrozó por completo la carroña de la bestia.

El soldado que podía procurarse una bestia cualquiera había hecho su felicidad y la de muchos de sus compañeros, a los que, naturalmente, exigía una cantidad por la cesión de la "alhaja". Muchas "mascotas"—perras, ovejas, cabras y hasta cerdas—no

tenían otra misión que cumplir sino la de calmar los ardores sensuales de la soldadesca. El temor a las enfermedades venéreas en muchos casos y la falta total de mujeres en otros, deformaron el impulso sexual de aquellas legiones de forzados, hasta el punto de que lo natural parecía algo así como la suma de todas las anormalidades, de lo que se huía como de un peligro, para muchos más grave que el de los gases.

Al calor de la sexualidad contenida se desarrollaron múltiples psicosis y fobias, que acabaron por destruir los principios normales del impulso procreador.

Tal vez fué en el ejército alemán, más que en ningún otro, donde las consecuencias de la guerra se reflejaron en la vida sexual con más acusados caracteres que en cualquier otro aspecto de la economía humana. La causa esencial de tales trastornos no fué sino el hecho de que las reservas estaban constituídas por jóvenes hasta de quince años, que en unos casos guiados por el sentimiento patriótico y en otros arrastrados por las necesidades de la patria, cayeron en las trincheras lo mismo que ovejas entre manadas de lobos.

Una gran parte de esas criaturas que apenas si tenían fuerzas para sostener el fusil, no habían recibido aún el bautismo sexual. De pronto se vieron en el ambiente de corrupción y vicio, que fué tan denso en las trincheras, y las emociones se arraigaron con tanta fuerza en su psiquismo, que a partir de aquel instante, como no había nada mejor, el artificio adquirió en las pobres mentalidades el carácter predominante de lo normal, de lo único completamente agradable y lícito en aquella vida de inquietudes, de desesperaciones y de muerte.

Después de todas las penalidades sufridas en una larga jornada de combate, cerca de los cadáveres destrozados por la metralla y de los heridos, a quienes era imposible y peligroso socorrer, las fibras del alma se endurecían y el corazón latía sonando a piedra dentro del pecho. Esa familiaridad con la muerte, con la tragedia y con el espanto hacía muchas veces que se buscase la solución de la vida como una liberación. Ni descanso, ni comidas sanas, ni limpieza, ni noticias de los seres queridos... Los únicos placeres fuertes, tanto más puesto que contrastaban con el dolor constante de una existencia mortal, eran los del sexo, los que, lo mismo que el hecho de querer vivir, tenían un fundamento

racional y humano que brotaba, a pesar de todo, del instinto de conservación, de salvarse, de sobrevivir a aquellos infortunados que todos los días se veían caer enracimados deshechos por la metralla.

Por eso nació en la erótica aquella infinita pasión por todos los vicios, por todas las perversiones. Cuanto mejor hiciesen olvidar las penalidades del cuerpo, mayor eco encontraban esos deleites en el alma. No había ideales, ni ilusiones, ni esperanzas. Se aguardaba la muerte sin querer desprenderse de la vida, y por eso no era posible detenerse en consideraciones morales. Si el máximo placer hubiera podido experimentarse arrancándose a trozos las carnes del cuerpo, en las trincheras no hubieran quedado más que esqueletos vivos, o si fuera posible experimentar una gota de placer arrancándose un cabello, todos los combatientes hubieran muerto calvos...

Terminada la contienda, todos los vicios adquiridos en la guerra se multiplicaron en la paz. Como si la humanidad reaccionase violentamente del embrutecimiento de la guerra, surgió la agitación, el loco dinamismo de los placeres, ese ansia incontenible de goces que empezó en el "jazz-band" y no acaba ni en la violencia a veces mortal de los deportes, que es como un remedo exacto de la guerra.

Todo ese erotismo contenido, con relación a sus manifestaciones normales, se tradujo posteriormente en el desenfreno que caracterizó a la actividad de los seres humanos en las revoluciones políticas, económicas y sociales, que, al fin y a la postre, no son sino las manifestaciones del impulso sexual, que es la fuerza más poderosa que rige la existencia del hombre.

No quedaron en pie los antiguos valores morales de la castidad, porque la guerra, en su expresión antibiológica, impuso como necesidad política, a fuerza de ser natural, el imperio de la biología.

Y al final de la espantosa pesadilla llena de las terribles inquietudes en que se sumió el mundo durante cuatro largos años sólo quedó el recuerdo de diez millones de muertos, muchos menos hijos sin padre, madres sin marido y amantes burladas que, víctimas del erotismo tremendo de la guerra, son como mariposas que abrasaron sus alas en el fuego sagrado del amor y de la muerte, que crea primero para destruir más tarde cuanto ha

ESPIAS Y AMAZONAS. LA "LIGA DE LA MUERTE"

Psicología de la espía.—La Mata-Hari y sus manejos en España.—Su primer asunto de espionaje. La comedia de su muerte.—Otra espía.—La princesa Nadia Wizniewska.—Su amistad con la Mata-Hari, futura esposa de Muley-Haffid.—El submarino "U-35".—La aventura de Tánger.—María Tarowsky.—El "Comandante Parker".—Las amazonas de Sofía Yovanovitch.—El batallón femenino que organizó Kerensky.—La emancipación de la mujer rusa.

En todas las guerras la mujer ha desempeñado seguramente las misiones más delicadas, no sólo en su papel de compañera del hombre, sino también en el de enemiga implacable de la humanidad. La belleza de la mujer, su inteligencia y su atractivos más encantadores, no siempre son para ella las armas del amor: son también la de la destrucción y la muerte, valiéndose de las primeras, de su prestigio, de su fascinación, de su poder dominador y tiránico sobre la sexualidad del hombre.

La espía no es nunca una criatura desinteresada capaz de poner su belleza y su poder al servicio de una causa de su corazón: es siempre un ser abominable, amoral, frío, calculador y reflexivo, incapaz de experimentar cualquier ternura emocional noble y limpia. Su conducta no está justificada nunca, como en el hombre, por motivos patrióticos. Aquel célebre barón de K... que actuó en España durante la gran guerra al servicio de Alemania, su patria, perdió en la empresa casi toda su fortuna; fué el verdadero Quijote del espionaje, que sirvió a la causa de su país con la mano puesta en el corazón. Muchas veces se le vió disfrazado de mendigo, de marinero, de cargador del muelle o de vendedor de altramuces. Nada le importaba disfrazar su elegancia y su alcurnia con tal de obtener el dato preciso o el informe solicitado.

Pero una mujer, en este aspecto, jamás llega a prescindir de todos esos modales que son necesarios al triunfo de su belleza. Por otra parte, una espía disfrazada de mendiga estaría más cerca de los fusiles del piquete que la elegante dama que sabe codearse con generales y embajadores sin perder un solo punto de la línea de su dignidad.

La espía en la guerra no encuentra resistencias importantes que vencer; su feminidad, es decir, su sexo, en el sentido neto de la palabra, lo es todo. Lo demás, que es también absolutamente biológico, depende de la sexualidad del hombre que elige como presa de sus maquinaciones. Si por amor o, por mejor decir, por deseo, o, más claro aún, por el "hambre sexual", un hombre es capaz de matar o de morir, ¿cómo no va a serlo de revelar un secreto, de facilitar un dato o de realizar un acto cualquiera que a nada le compromete y en lo que nada arriesga personalmente?... Un hombre espía jamás lograría nada de una mujer a la que quisiera subyugar por amor; una espía, sin poner en juego el corazón, sin que para nada le mueva el menor afecto sincero, logra de un hombre, que pone el corazón y pierde la cabeza, todo cuanto se propone.

Por esto, al hablar de la erótica en la guerra, no puede prescindirse de las mujeres espías. La erótica del soldado es grosera y brutal, la de los jefes y diplomáticos es refinada, aristocrática y más limpia, por lo menos en la forma. Pero en el fondo, lo mismo la de uno que la de los otros, en el eje fundamental de toda la existencia alrededor de la cual giran todos sus actos con indiscutible fuerza centrípeta.

La Biblia nos habla de una espía famosa, Dalila, la que entregó a Sansón a sus enemigos los filisteos después de haberle rendido eróticamente entre sus brazos y con sus caricias. Y después, en todas las guerras, los gobiernos han utilizado a la mujer para estas traiciones útiles o imprescindibles, en demanda del más fácil triunfo de sus armas.

A medida que la cultura ha ido progresando, el papel de espía ha sido más fácil para la mujer, hasta el punto de que muchas lograron servir a los gobiernos que las pagaban sin perderlo todo; en Alemania fusilaron a una mujer holandesa que, al cabo de dos años de una intensa actividad, murió completamente virgen, ateniéndonos al estado de sus caracteres físicos. Pero esto

no es lo corriente; la célebre Mata-Hari, fusilada en Vincennes, fué, además de espía, bailarina y amante de medio centenar de individuos, entre ellos muchos militares, diplomáticos y escritores. Un marino mercante español obtuvo de ella cuanto quiso a cambio de unos informes falsos. Uno de los biógrafos de esta mujer afirma que hubiera prestado más señalados servicios si no llevase en la sangre el fuego de las mestizas surasiáticas, con lo que quiso decir que se entregaba demasiado pronto a sus amantes, lo que la hacía perder una buena parte de sus encantos.

Esta mujer desarrolló en España una buena parte de sus actividades, y aunque fué tan hábil que no se la pudieron probar muchos de los hechos que se la imputaron, no cabe duda que muchos barcos españoles hundidos por los submarinos alemanes lo fueron en virtud de los informes facilitados por la célebre espía.

Se dijo algún tiempo después de ser fusilada que había sido entregada a las autoridades francesas por la artista Raquel Meller, amante del escritor Enrique Gómez Carrillo, que a la vez lo fué de Mata-Hari. La rivalidad amorosa, el despecho, es decir, un motivo sexual, fué la causa de la muerte de la célebre espía, más bella y más artista que su supuesta delatora, a la que el Gobierno francés ha concedido bastantes honores, no sabemos si en premio de su arte o de sus servicios especiales.

Margarita Zelle, que este era el nombre de la Mata-Hari, triunfó en todos los escenarios del mundo y compartió el lecho, mucho antes de 1914, con militares, diplomáticos y financieros de todo el mundo. El primer asunto en que intervino, revelándose como una mujer reservada para ciertos destinos, fué con un militar ruso, que redactó un informe acerca de la forma en que sería posible organizar la defensa de una parte de la costa de Asia en el caso de una guerra con el Japón. Algún tiempo después de haber vivido en un hotel de San Petersburgo y actuado en un teatro de la capital moscovita, recibió un contrato tentador de un coliseo de Tokio. El embajador japonés en Rusia transmitió a la artista el deseo de sus paisanos de verla actuar, y llevó su amabilidad hasta el extremo de despedirla en la estación del transiberiano. En efecto, actuó en Tokio, y al poco tiempo los japoneses fortificaban sus posesiones del continente y la región

del norte de Corea, con vistas al nudo de ferrocarriles de Mukden, mientras que el militar ruso antiguo amante de la Mata-Hari era procesado por el delito gravísimo de alta traición.

Cuando la bailarina recaló en Berlín, huyendo de su esposo, un militar holandés, estalló la guerra. En un "cabaret" trabó conocimiento con un personaje alemán, y desde entonces empezó a trabajar para los Imperios Centrales, asignándosela, entre otras misiones, la conquista de un jefe del ejército francés a quien interesaba sacar ciertos datos relacionados con el abastecimiento de las tropas. El mando empezó a investigar y se obtuvo la convicción de que algunas derrotas no podían tener otra explicación que algún triunfo amoroso de un significado militar. En efecto, no costó gran trabajo encontrar el hilo de la madeja, que a veces se enmarañaba en centros oficiales y en embajadas que estaban a cubierto de toda sospecha.

Una noche, un alto jefe militar fué visto en el teatro donde actuaba la Mata-Hari; otra, fué un diplomático; otra, un oficial inglés. Entre el oficial británico y el jefe francés hubo un violento incidente en el "hall" de un hotel donde se hospedaba la espía. Aquello dió lugar a un escándalo, en el que la bailarina fué la figura central.

Cuando fué detenida y condenada, su defensor, el célebre criminalista Moro-Giafferi se encontró con que la defensa de su patrocinada la estaba haciendo la opinión. Los literatos y periodistas empezaron a tejer en torno de la célebre hermosa una verdadera novela sentimental. Su extraordinaria belleza y la aureola de celebridad que la envolvía hicieron titubear a los graves personajes que formaban el consejo de guerra. Ella prometía en sus gestos y en su actitud, a cambio de la vida, lo que otras veces sólo había dado por dinero o por amor, e dice que aun hizo pasar algunas noches felices a ciertos personajes en los que ella tenía puestas sus esperanzas de libertad o de perdón, y hasta accedió a contraer matrimonio con uno de ellos.

Esta trágica comedia fué mucho más lejos. Se la hizo creer que, en vista de que la opinión demandaba su cabeza, no había más remedio que fusilarla; pero se fingiría el fusilamiento; se la colocaría al pie del trágico poste del bosque de Vincennes, comulgaría allí mismo, expresaría en el dramático instante su última voluntad, besaría el crucifijo...

Los periódicos decían, y fué cierto, que subió al coche celular con el paso firme y el gesto tranquilo. Estaba ataviada con un vestido de viaje, y en la diestra llevaba un pequeño maletín con perfumes, carmín para los labios y "kohol" para los ojos. También había tres paños higiénicos: estaba en pleno período catamenial.

Se la dijo, repetimos, que se fingiría el fusilamiento. Al oír la descarga, hecha con pólvora sola, tendría que desplomarse como si en realidad estuviera muerta. Después, el jefe del piquete dispararía sobre ella el tiro de gracia, con la salva final. Y a continuación sería encerrada en un ataúd debidamente acondicionado, que sería enviado en un furgón al cementerio. Y allí la esperaría un automóvil, cuyo conductor la entregaría las llaves y la dirección de una casita situada en las inmediaciones, donde se encontraría completamente a salvo. He aquí, pues, la explicación de su paso firme, el gesto tranquilo, el maletín de viaje y los paños higiénicos...

Aún bromeó con su defensor al pie del poste de los fusilamientos, manchado con la sangre y la masa encefálica de otros asesinados en nombre de la ley. Moro-Giafferi lloraba. ¿De alegría, de pena o de amor?... Esto no se supo nunca.

Llegó el piquete. Todo estaba preparado para la comedia. La espía pidió permiso al oficial para retocarse los labios y perfumarse un poco.

—Debo prepararme para este viaje—exclamó.

Formó el piquete, compuesto por hombres que el día antes habían llegado de las trincheras de Flandes, donde se guerreaba duro y se jugaba constantemente con la muerte. No era posible que a ninguno de ellos le temblase el pulso, y menos para fusilar a una espía.

Sonó una descarga cerrada de dieciséis fusiles. La Mata-Hari, como se había previsto, cayó como fulminada por el rayo. El oficial disparó al suelo el tiro de gracia y desfiló el piquete. En efecto, una caja de pino, forrada de negro con galones dorados, encerró el cuerpo, que se llevó un furgón.

Pero la Mata-Hari no pudo huir: de las dieciséis balas, cuatro la habían perforado el corazón, nueve el cráneo y las tres restantes se habían perdido. Entre los soldados del piquete hubo tres románticos y trece vengadores de sus compañeros muertos en

holocausto de los encantos de la hermosísima mujer, por cuyo sexo se perdieron tantas vidas.

Hubo otra célebre espía que actuó en el frente austroalemán en los Balkanes. Era una artista griega que no había salido de Europa, porque su protector, un gran duque ruso, no podía seguirla a través de los mares. Su amante murió en Lodz de una descarga alemana, pero esto no fué obstáculo para ponerse a las órdenes de los jefes del espionaje alemán.

El centro de sus actividades estaba en Belgrado y en Bucarets, donde fué muy conocido su antiguo amante. La muchacha aseguraba que todo lo que la quedase de vida lo dedicaría a vengar la muerte de su amado. Frecuentemente actuó en varios teatros, pero sólo cuando se trataba de alguna fiesta a beneficio de las víctimas de la guerra. De esta forma consiguió despistar a las autoridades militares, a las que se ofreció incondicionalmente, "animada por su insaciable sed de venganza". En efecto, logró inspirar tanta confianza, que se la encomendaron varias misiones delicadas, que llevó a cabo con toda exactitud. Como en realidad había logrado penetrar en las líneas enemigas, el mando la confió otro servicio de más envergadura: apoderarse en Viena de los planos de un cañón de largo alcance que había inventado un joven oficial, y que se estaba construyendo en las fábricas del Estado. Y quince días más tarde se presentó en el Ministerio de la Guerra rumano con una copia de los codiciados planos. La copia, como es natural, era falsa, lo que se comprobó después de un detenido examen realizado por los técnicos.

No desesperó por esto la cínica mujer; volvió de nuevo a Viena, donde se hizo retratar en unión del inventor y otros jefes militares e ingenieros de la fábrica. Aún aportó otros datos, a los que ya se concedió mayor interés que a los primeros. Al mismo tiempo dijo haberse enterado de la ofensiva que preparaban los austroalemanes sobre Monastir, aprovechando la circunstancia de que aquella parte del frente estaba mal defendida. En virtud de estos informes, se reforzaron las líneas amenazadas distrayendo fuerzas de otros puntos que siempre se habían considerado de más importancia, y, en efecto, los austroalemanes dirigieron la ofensiva hacia los puntos desguarnecidos, consiguiendo todos los objetivos, incluso la ocupación de Monastir. Aquella

jugada de la espía costó a los rumanos y servios más de dos mil muertos y siete millares de heridos.

La artista desapareció, y el servicio de espionaje señaló su presencia en Berlín, donde se la había visto acompañada de un oficial austriaco. El agente informador logró obtener una fotografía de la pareja: su acompañante era el inventor del cañón, que había caído en las redes de la espía.

Este informe sorprendió bastante en Bucarets, porque si en efecto se trataba de una espía al servicio de los austroalemanes, era inexplicable tal intimidad. Se siguieron las investigaciones. Unos días después, otro agente del servicio secreto rumano comprobó que la muchacha hacía una vida demasiado íntima con otra espía rusa conocida en Bucarets. Seguramente era el vicio lo que había unido a las dos mujeres, puesto que no se comprendía cómo pudo sorprender a los serviorrumanos, traicionándoles, para después ponerse al servicio de los enemigos, a los que seguramente estaba jugando una mala pasada con la espía rusa, acreditada como una de las más inteligentes colaboradoras del espionaje moscovita.

Una doncella del hotel berlinés donde se hospedaban ambas mujeres hizo revelaciones muy interesantes. La rusa y la griega mantenían relaciones homosexuales, y algunas veces, hablaban de la guerra. La rusa había sido institutriz de dos hijos de un militar alemán, y al marchar éste al frente se quedó en Berlín cuidando de la casa, ya que la familia del militar se encontraba en Suiza. Este jefe combatía en el frente ruso, y al parecer estaba en muy buenas relaciones con la educadora de sus hijos, puesto que cuando regresaba a Berlín se hospedaba en el mismo hotel que ella y siempre salían juntos, aunque no pudiera decirse que tales intimidades fuesen más lejos.

La doncella, que era también espía de los aliados, logró interceptar alguna correspondencia del militar a la institutriz; pero carecía de interés. No obstante, el contraespionaje no dejó de vigilar a la rusa y a su amiga, empresa bastante fácil, puesto que siempre iban juntas a todas partes. Hasta que se descubrió la trama. La griega desapareció un día llevándose unos documentos que su amiga había recibido de un colega de Viena. Y los documentos en cuestión eran los planos auténticos del cañón austriaco.

Se la siguió de cerca por un agente, y cuando tomó el tren con dirección a Viena, adonde marchaba con el fin de restituir los documentos, un ratero logró arrebatarla el bolso de mano. Perseguido por el agente, acabó por arrojar el bolso, que, galante, restituyó a la muchacha; pero los papeles habían sido sustituídos por otros contenidos en un sobre de las mismas características que el legítimo.

No hizo más que llegar a Viena, y entregó los documentos. Pero al ser abierto el sobre por un jefe del servicio secreto, apareció la desagradable sorpresa de una denuncia por la que se hacía responsable a la griega de la desaparición de los papeles auténticos, así como de otros manejos con los serviorrumanos.

La cuestión la solucionó de momento la sagaz espía conquistando al jefe, ante el cual pudo probar su inocencia. Pero un mes más tarde fué raptada en las inmediaciones de la frontera servia y conducida a Belgrado, donde, después de un proceso sumarísimo, se la fusiló en unión de un oficial que también había tenido relaciones con la funesta mujer.

Otro tipo interesantísimo fué la princesa Nadia Wizniewska, también al servicio de Alemania, que en el año 1922 estuvo en Madrid, siendo la figura más destacada del asunto Lefebvre, un hombre de negocios que murió asesinado por medio del sistema "científico" del envenenamiento por el tétanos. La princesa Nadia conocía tantos secretos, que algunos ministros temblaron de espanto si se la ocurría hablar. Fué expulsada de España, y ahí quedó el asunto...

Era, como es necesario que sean estas mujeres, extraordinariamente bella. La Wizniewska había triunfado en los "halls" de todos los grandes hoteles del mundo, derrochando a manos llenas su fortuna y la de algunos de sus amantes. En Montecarlo entabló amistad con un aristócrata inglés accionista de una importante sociedad de construcciones navales. Poco tiempo después de haberse retirado a vivir a una quinta de los alrededores de Coventry, propiedad del aristócrata, la princesa recibió la visita de un conde austriaco. El "Intelligence Service" inglés señaló la presencia de aquel magnate, y como no apareciesen muy claras las relaciones de éste con la amante del accionista, la Wizniewska fué amablemente invitada a abandonar el territorio. En efecto, salió de Inglaterra, pero acompañada de un capitán del ejército, al cual había fascinado con su hermosura la encantadora mujer.

Unos meses más tarde estallaba la guerra, encontrándose ella en París cortejada por el banquero Lefebvre, al que asesinó en Madrid al cabo de unos años por medio de una infección tetánica.

Durante la guerra mundial, la princesa Nadia entabló conocimiento en España con la Mata-Hari, en ocasión en que esta pobre histérica pretendía ayudar a los alemanes en la tarea de provocar en Marruecos la guerra civil, que tendría por objeto restituir el trono del imperio moghrebino al ex sultán Muley-Hafffid, que a las sazón se dedicaba también al espionaje en Barcelona. La Mata-Hari le dijo a la princesa Nadia que, una vez en el trono Muley-Haffid, ella se casaría con él. La desdichada, que había de morir en Vincennes poco tiempo después, se había creído este cuento perfectamente tramado.

La Wizniewska quiso disuadirla de aquellas ideas descabelladas, animándola a proseguir en la obra que orientaban los espías alemanes en España. Cuando el submarino "U-35" entró en el puerto de Cartagena, la princesa y la artista intentaron visitarle. Este sumergible debía haberse llevado a Muley-Haffid y a la Mata-Hari; pero como el ex sultán había sido internado en El Escorial, sólo se llevó a la princesa, con el fin de desembarcarla en Tánger, donde la esperaba un oficial inglés que traicionaba a su patria.

El oficial la entregó unos documentos, según aseguró un agente que pudo verlos en el hotel Fuentes, donde se hospedaban los amantes. Al siguiente dia desapareció la princesa, y la servidumbre encontró muerto al oficial, con un balazo en la frente. En las paredes de la habitación se encontraron varios impactos de bala de fusil. Los disparos no fueron escuchados por nadie, seguramente porque a la hora en que se cometió el cirmen, un submarino alemán tuvo la humorada de ametrallar a la tripulación de una barcaza inglesa que colocaba minas al pie de los acantilados próximos al hotel. Ese submarino era el "U-35", que estuvo operando en el Mediterráneo durante muchos meses poco menos que en calidad de yate de la célebre princesa, de quien un escritor francés contemporáneo logró datos y fotografías para una

novela que tituló "L'Espionne", de donde reproducimos una "posse" de la Wizniewska (lámina II).

Mientras estas mujeres ambiciosas y crueles jugaban con las pasiones y las vidas de los combatientes, hubo otras más abnegadas que perdieron la suya animadas de otros ideales más puros, luchando en los campos de batalla con tanta o mayor ferocidad que los hombres.

Este fué el caso de una joven rusa llama María Tarowsky, amante de un oficial de cosacos, que peleó en el frente oriental al mando de una patrulla de cincuenta hombres reclutados entre los arrendatarios de sus fincas de la región de Odessa. Esta muchacha, que no había cumplido veinte años cuando murió, logró penetrar en las filas alemanas fingiéndose enfermera de la Cruz Roja, para lo que la sirvió de todo el hecho de conocer el alemán a la perfección y los documentos de una enfermera alemana que fué hecha prisionera por los rusos.

A fuerza de astucia, y sin perder el contacto con los suyos, consiguió que un jefe alemán la colocase en su secretaría en calidad de intérprete. En una ocasión propuso al jefe que la acompañase a dar un paseo por los alrededores, pero rogándole la mayor discreción para evitar posibles comentarios. En efecto, salieron de noche con objeto de entrevistarse en un bosquecillo cercano. Media hora más tarde la muchacha regresaba al campamento con el semblante demudado por el terror: habían sido sorprendidos por una patrulla rusa, y el jefe, al intentar defenderse, fué asesinado por los enemigos, que no pudieron apoderarse de ella porque logró huir amparado en las sombras.

Tres o cuatro días más tarde apareció muerto en su alojamiento un comandante de Estado Mayor. Sobre la mesa de su despacho había dejado escrita una carta a su familia anunciándole su propósito de quitarse la vida. En realidad, la joven Tarowsky le había asesinado; la carta la había escrito ella a máquina en un pliego que firmó en blanco el comandante, según tenía por costumbre, para que la secretaria insertase después las órdenes que diariamente se recibían por teléfono desde la oficina central inmediata.

Por último, un día que estaban reunidos varios jefes de Estado Mayor con el fin de preparar una ofensiva, la joven se encaramó en el tejado de la casa, y valiéndose de una cuerda depositó en la chimenea un potente explosivo de mecanismo de relojería. Luego descendió del tejado y fué a ocultarse en una trinchera cercana. Explotó el artefacto, y entre las ruinas de la casa murieron todos los reunidos. Pero un centinela que la vió cerca del edificio siniestrado expuso sus sospechas de que la joven no debía ser ajena a lo ocurrido. Fué apresada y condenada a muerte. En el instante en que el oficial que mandaba el piquete iba a dar la voz de "¡fuego!", la heroica amazona gritó: "¡Viva Rusia!"

Un tipo interesantísimo fué el de una dama de la buena sociedad americana, la señora Valeria Arkell-Smith, que después de estar casada con un hombre, contrajo matrimonio en Inglaterra con una mujer, con la que vivió feliz hasta su muerte.

Esta mujer ingresó en el ejército norteamericano con el nombre de Valerio Parker, y por su heroico comportamiento fué ascendiendo hasta lograr el grado de comandante. Tomó parte en varias acciones de guerra, siendo herida varias veces. Al frente de un pelotón de soldados se apoderó de una trinchera alemana, haciendo cerca de una centenar de prisioneros, entre ellos al jefe de las fuerzas, al que mató de un tiro cuando intentó agredirla. Como es natural, se ignoró su verdadero sexo, que, como decimos, no se descubrió hasta su muerte, ocurrida poco después de haberse divorciado de su "esposa" por desavenecias de carácter (lámina III).

Seguramente no llegó ninguna mujer al extremo que una bellísima muchacha servia llamada Sofía Yovanovitch, la cual organizó un ejército con 2.400 mujeres, bajo el título de "Liga de la Muerte". Al principio costó gran trabajo a estas amazonas merecer la atención del mando. Su misión principal, expuesta en los estatutos de la Liga, fué la de combatir a los turcos. La joven Sofía, acompañada de tres muchachas de su confianza, llegaron a penetrar en las líneas turcas, enamorando a otros tantos oficiales, a los que rogaron que les facilitasen uniformes y armamentos para no separarse de ellos.

En efecto, los instructores alemanes no mostraron inconveniente en admitir a las heroicas mujeres, las cuales combatieron al lado de los turcos, bien con un fusil en la mano o curando heridos en el campo de batalla. En esta situación permanecieron cerca de dos meses, compartiendo con sus amantes las penali-

dades y... los lechos de campaña. La actividad de las muchachas, fuera de estos aspectos, consistía en robar armamento y municiones, que por la noche escondían en las proximidades de las líneas servias, y cuando estuvieron en posesión del material suficiente, abandonaron a los turcos y se presentaron al jefe de las tropas servias. Dos días después habíanse reunido cerca de mil mujeres perfectamente pertrechadas, y al poco tiempo las amazonas sumaban la cifra apuntada.

La "Liga de la Muerte" alcanzó bien pronto una celebridad merecida. Ateniéndose en todo lo posible a las instrucciones de los jefes militares, tomaron parte en numerosos combates. Estas mujeres se distinguieron por su inaudita ferocidad y por la consigna de que no había que hacer ni heridos ni prisioneros. En efecto, cuando tenían ocasión de recorrer el campo de batalla, recogían cuidadosamente a los muertos y heridos servios; pero si encontraban algún turco herido, le remataban, mutilándole los genitales, que después le introducían en la boca. Sofía declaró a un periodista inglés que ella solamente había rematado y causado estas mutilaciones a ciento nueve turcos y a siete oficiales alemanes de los que instruyeron y mandaron aquellas fuerzas, y que alguna de sus compañeras había rebasado esa cifra.

Algunas de estas mujeres fueron destinadas a otros regimientos, e incluso a las oficinas militares, ya que procedían de todas las clases sociales, y entre ellas había numerosas estudiantes de magisterio y universidades. La misma Sofía Yovanovitch tenía el título de licenciada en Ciencias, y al declararse la guerra cursaba el segundo año de Medicina en la Facultad de Belgrado.

La mayor parte de ellas, especialmente las que habían sido reclutadas en los distritos rurales, hicieron la mayor parte de la campaña a caballo. Pero aparte de sus actividades bélicas, también tenían lugar para entregarse al amor, o por lo menos al placer. Muchas vivían en unión de sus amantes, teniendo en cuenta que la organización del ejército servio era bastante irregular, ya que una gran parte de los soldados no estaban uniformados siquiera ni percibían soldada alguna. La guerra que hizo esta gente se parecía más al sistema de guerrillas que al de una perfecta organización militar. Por esta razón no era de extrañar que los soldados y las amazonas vivieran emparejados en su mayor parte, aunque las más distinguidas habitasen en las cercanías de los

...lojamientos de los oficiales, que de este modo soportaban con ...ás agrado las penalidades de la campaña.

El ejemplo de estas mujeres cundió bien pronto en Rusia. Kerensky organizó también un batallón femenino mandado por oficiales. Estas mujeres combatieron especialmente contra los turcos y búlgaros, y como sus aliadas las servias, dieron en toda ocasión verdaderas pruebas de heroísmo, de bravura y de ferocidad (lámina IV).

No obstante, no guerreaban como unidad autónoma, como ocurría con las servias; vivían en las trincheras en promiscuidad con los soldados, encargándose en los descansos de condimentar los alimentos y atender a otros menesteres parecidos. En cambio, tampoco se observó esa especie de "monogamia": podía decirse de estas mujeres que constituían un batallón de prostitutas o, por mejor decir, de esposas de un matrimonio de grupo, ya que se entregaban a los soldados sin retribución alguna, lo que es suficiente para no admitir el sentido etimológico de la palabra "prostitución".

En algunas ocasiones combatieron al lado de la "Liga de la Muerte", pero hubo necesidad de establecer el aislamiento, porque entre las rusas había bastantes homosexuales, lo que dió ocasión a algunos lances trágicos. El periodista griego Dimitri Popoulos dijo en una curiosa información acerca de las amazonas de Kerensky que si los turcos hubieran organizado también batallones de mujeres con las esposas de los magnates que vivían en los serrallos, la guerra se habría acabado en quince días, porque los campos de batalla se hubieran transformado en campos de amor al estilo de los valles de la antigua isla de Lesbos.

Cuando terminó la guerra, el batallón de amazonas de la "Liga de la Muerte" había tenido más de seiscientas bajas, en tanto que los contingentes femeninos rusos, lejos de disminuir, aumentaron con las campesinas que huían del hambre que se había enseñoreado de los distritos rurales próximos a los campos de combate. Korniloff reorganizó aquellas legiones de mujeres hambrientas y feroces que, más tarde, durante la revolución, prestaron excelentes servicios, al encargarse de los transportes y aprovisionamientos de los revolucionarios, aparte de que sustituyeron a un gran número de obreros de las fábricas militares, cuya actividad era más necesario en los frentes de la lucha.

Posteriormente, al constituirse los Comités revolucionarios de campesinos y soldados, las antiguas amazonas ocuparon puestos de importancia en la administración bolchevique, constituyendo esta reforma el aspecto inicial de la emancipación de la mujer rusa, movimiento que culminó con la promulgación de las leyes especiales que concedían a la mujer los mismos derechos, y algunos más, que los que hasta entonces había disfrutado el hombre. No cabe duda, como veremos en el capítulo siguiente, que la mayor parte de la revolución debió su triunfo a la ferocidad de las mujeres que formaron parte de los primeros batallones de amazonas.

EL EROTISMO EN LAS REVOLUCIONES

El resultado de las revoluciones.—El origen sexual de la Revolución francesa.—Objetivos revolucionarios.—El odio a la aristocracia y su equivalente erótico.—Violaciones públicas.—La mujer rusa en la revolución.—La libertad sexual como antídoto de los desmanes.—El concepto burgués del comunismo sexual.—La sexualidad y el derecho en la revolución. La ilusión erótica de la existencia burguesa. — La nueva moral sexual.

El resultado natural de todas las revoluciones equivale a la inversión de todos los valores tradicionales. Sea cual fuere el móvil de la conmoción revolucionaria, al final del ciclo y durante toda su evolución, la ansiedad predominante, la psicosis revolucionaria, lleva consigo un afán neto de destrucción y de sustitución de normas y procedimientos en todos los órdenes a que principalmente afecta.

Todas las revoluciones que se han hecho y se harán en el mundo están justificadas por esa ley física inmutable, demostradora de que la opresión se traduce en la reacción: cuanto más fuerte es la opresión, la reacción tiene que ser más brusca. Y comoquiera que la reacción no se manifiesta hasta que la opresión no llega a su colmo, de ahí que todas las revoluciones lleven consigo los más fuertes elementos de violencia, pues de otra forma, los efectos no corresponderían nunca a las causas.

La misma revolución sexual de la juventud contemporánea no es más que el resultado de la opresión de una moral de muchos siglos. Claro es que esta revolución es incruenta, es decir, se hace sin sangre: es una transformación o una inversión de los valores acreditados en la moral de bases artificiales y, por lo tanto, la revolución no es otra cosa que el restablecimiento de

las leyes de la Naturaleza que poco a poco vuelve por sus fueros primitivos y fundamentales.

Pero no es este aspecto del desarrollo de los ideales humanos lo que principalmente nos importa; más bien es todo lo contrario, o sea la modalidad menos idealista y pura de las revoluciones sociales que, al fin y al cabo, representa el resultado de la exaltación, de la violencia, de la euforia que en los seres producen esas convulsiones de la reacción.

La revolución tiene una analogía muy estrecha con la guerra, puesto que la lucha adopta siempre la forma de una guerra civil, que es precisamente la más incivil de todas las guerras.

El revolucionario lucha siempre contra aquel individuo o aquellas instituciones que en su ánimo o realmente se oponen al desarrollo de sus ideales, de sus concepciones o de sus derechos. Las dos revoluciones más grandes y sangrientas que registra la historia son la francesa y la bolchevique. En ambas convulsiones los extremos estuvieron representados por la aristocracia y la burguesía de una parte, y por el proletariado de otra.

En cuanto a la Revolución francesa, no cabe duda que la gran parte de las causas que la determinaron estuvo en el espectáculo altamente inmoral de los cortesanos que, con los monarcas a la cabeza, vivían entregados a una existencia de placeres y de desenfrenos sensuales, sin ocuparse para nada de las inquietudes del pueblo. Aquellas cortes fastuosas de Versalles, regidas por monarcas y gobernantes ambiciosos, donde toda intriga tenía su trono y toda inmoralidad su asiento, dieron al pueblo el espectáculo más descarado y excitador que pudiera soñarse. Mientras los vasallos perecían de hambre y de sed de justicia, los poderosos vivían en una orgía continua de fiestas y banquetes, que tanto contrastaban con la situación del pueblo.

Lo que el populacho no toleraba era que las mujeres de los aristócratas estuviesen siempre limpias y perfumadas... Mejor dicho, lo que más excitaba a los hombres que más tarde habían de ser "gens" en Francia eran aquellas fiestas en que las grandes damas y favoritas de los aristócratas se exhibían casi desnudas, como si ello fuese un reto lanzado a los miserables. Si no hubiese sido por las mujeres, la Revolución francesa no hubiera estallado nunca.

En las reuniones de los conspiradores, los agitadores de las

masas esgrimieron con el mayor éxito este simple argumento: "Las mujeres de los aristócratas serán para los hombres del pueblo." Fué el mismo sistema que emplearon los paladines de las guerras medievales para reclutar soldados y hacerles luchar con una ferocidad indomable. Por esto cabe decir, sin lugar a dudas, que los motivos más salientes de la Revolución fueron, en su esencia, eróticos y de una sensualidad aterradora.

Desde los primeros instantes, los revolucionarios cultos y conscientes del significado de aquel movimiento, que estaba dando al traste con todos los más insignes valores tradicionales, hubieron de dictar severas disposiciones para reprimir los desmanes de la chusma que, en su furia demagógica, no tenía objetivos más entusiastas que humillar a la aristocracia y hacer víctimas a sus mujeres de las más atroces violencias.

Los convencionales empezaron por proclamar la igualdad de los derechos y la desaparición de las castas privilegiadas, como principal señuelo para la conquista de los más reacios. Al mismo tiempo, las propagandas tendían a demostrar que la República era el sistema de gobierno más natural de los pueblos, puesto que se fundaba en las leyes de la Naturaleza. El que no respetase las leyes de la Naturaleza no podía ser, por lo tanto, buen republicano, y el célibe o la virgen, es decir, los que no cumplían con los mandamientos sexuales de la Naturaleza, es que no observaban sus leyes, no podían ser buenos ciudadanos.

Por eso se persiguió la castidad a sangre y fuego. Y, sobre todo, de acuerdo con sus teorías políticobiológicas, las mujeres de los aristócratas no debían seguir procreando hijos de nobles, para no entorpecer el desarrollo útil de la raza. Era necesario, pues, que estas mujeres fueran fecundadas por los hombres del pueblo, por los trabajadores, por los productores, por los que en realidad contribuían al progreso de la Humanidad con el músculo y con la inteligencia.

Desde luego, estas teorías no carecían de bases eugénicas. Todos los vicios de la aristocracia no tenían arraigo en la masa popular. Pero, ciertamente, si ello había ocurrido así, no fué, como se comprenderá, en virtud de razones antropológicas, sino que el fundamento se basaba en la economía. La prueba está en que los mismos que habían condenado los vicios de la nobleza incurrieron en ellos tan pronto como dispusieron de iguales me-

dios que aquélla, con la diferencia de que la elegancia de la aristocracia fué sustituída por la grosería soez de la plebe.

Entre los más exaltados, que a la vez eran los más sinceros defensores de la causa revolucionaria, se eligieron autoridades y policías que no tenían otra misión que la caza del aristócrata, porque esta condición asumió los caracteres de una figura de grave delito. Las mujeres eran atormentadas sin razón alguna, como no fuese en virtud de la sádica violencia de la Revolución. Uno de aquellos energúmenos gozaba entre el populacho de gran popularidad, porque cuando la chusma había terminado de martirizar a una mujer, la asesinaba y, valiéndose de una cuchilla de zapatero, la cortaba el monte de venus y se lo colocaba en el labio superior a guisa de bigote.

Las aristócratas eran paseadas desnudas entre la muchedumbre. Las mujeres del pueblo se distinguieron más que los hombres por su crueldad inaudita. Aquellas furias sujetaban entre varias a una de aquellas encumbradas damas, mientras otra la restregaba contra la boca los órganos sexuales. Una dama de la corte fué arrebatada de manos de los guardianes por un grupo de mujeres, las cuales la condujeron a un sitio donde varios cadáveres de aristócratas iban a ser sepultados. Las fieras humanas cortaron los genitales a uno de los muertos y la obligaron a introducírselos en la boca. Por último la asesinaron, la abrieron el vientre y la introdujeron en la ancha herida los testículos de todos los cadáveres.

Las violaciones de las mujeres de la aristocracia se verificaban públicamente y en calidad de espectáculo, que congregaba a muchos millares de personas. En la plaza de la trágica Bastilla se instalaron en una ocasión varios potros de tormento sacados de la cárcel inquisitorial, a los que fueron atadas las mujeres para ser violadas por cuantos hombres quisieran. A otras se las obligó a ejecutar actos de tribadismo, completamente desnudas. Muchos padres se libraron de los más atroces martirios copulando o fingiendo la cópula con sus propias hijas ante una muchedumbre de espectadores enardecidos.

Todo cuanto se diga resultaría pálido al lado de la realidad de lo que fueron aquellos días en que la furia de la plebe se traducía en la comisión de los más abominables desmanes sexuales. Parecía como si la Revolución no hubiera tenido más finalidad

que dar rienda libre a los impulsos más perversos de la sexualidad con aquellas mujeres que habían sido tan codiciadas por los hombres del pueblo, hastiados de la vulgaridad de las hembras de su clase.

Muchas mujeres de la nobleza salvaron la vida por medio del matrimonio legítimo con los revolucionarios, convencidas, por otra parte, de que aquellas uniones les permitirían brillar de nuevo en la sociedad de la época. Gracias a ello le fué posible al primer Bonaparte reunir en su torno a una corte que no había olvidado las viejas maneras de la etiqueta francesa y que aún podía entonar con las costumbres de la diplomacia acreditada en París, en cuyos países se ridiculizaba a toda aquella chusma que, saliendo de lo más espeso del pueblo, había escalado los más altos puestos cortesanos.

Un siglo más tarde la historia se repite de nuevo. Los mismos vicios, los mismos errores de la nobleza y de las castas superiores, la influencia de los favoritos y la desesperación del pueblo producen el estallido de la Revolución rusa, en la que—justo es reconocerlo—, los móviles aparecen más conscientes que lo fueron en Francia.

Sobre el fondo siniestro del movimiento arrollador de las masas, los ideales políticos se acusan más puros y definidos que en todas las contiendas civiles precedentes. El antiguo nihilismo, mantenido durante muchos años por los románticos, cristaliza más tarde en otras ideas, en las que ya no importa tanto la negación de Dios o del zar: son las reivindicaciones sociales justamente anheladas la consecuencia del malestar tan remoto, agudizado por los terribles desastres de la guerra.

La mujer rusa, que antes había vivido con más libertad que la francesa, no fué a la revolución como aquélla, animada del espíritu de venganza larvado en el espectáculo de los placeres a que se entregaban sus congéneres más afortunadas. Lo que había que destruir era el zarismo, el militarismo y la burguesía, que eran los verdaderos opresores del pueblo. Este no se escandalizaba tanto como el francés ante las orgías cortesanas, en primer lugar, porque la incultura era mayor, y después, porque la inmensa extensión del territorio y los escasos medios de comunicación no permitían que los escándalos de Petersburgo y Moscú trascendieran tanto como los de París y Versalles.

En Francia fué la sensualidad y en Rusia el hambre lo que avivó el fuego revolucionario. La intervención de la mujer rusa en la transformación de las normas políticas fué mucha más activa que la de la mujer francesa. Los líderes del movimiento bolchevique, Koltchat, Denikin, Wrangel y otros formaron en sus regimientos a muchas mujeres. Lo mismo hicieron los bolcheviques rojos, como Kerensky, Corniloff, Kropotkin y demás jefes, que no podían impedir que las mujeres siguieran a sus camaradas los soldados, campesinos y obreros que constituyeron las primeras fuerzas revolucionarias organizadas.

En todas las sublevaciones de los cosacos y en la célebre insurrección militar de Novgorod, las mujeres llevaron el grito de la revolución ansiosas de disfrutar los derechos que les negó el zarismo, especialmente en lo que afectaba a la vida sexual organizada—matrimonio, divorcio, investigación de la paternidad, aborto, etc.—, bandera que enarbolaban los propagandistas, bien seguros de que tales argumentos serían de más éxito que la promesa de las reivindicaciones económicas y políticas.

Como principio en la actuación "sobre la marcha" de los revolucionarios, los líderes proclaman la libertad sexual de la mujer, que debe ser dueña absoluta de su cuerpo y de su destino, sin tener en cuenta para nada las ideas de la vieja moral. En esta situación, los revolucionarios encuentran que la tarea se hace bastante más amena y que la mujer, como el hombre, se convierte en un objeto de producción, ya sean esos productos tejidos, hierros labrados, tierras cultivadas, etc., ya sean productos humanos. Más tarde, como ya hemos visto, esta capacidad productiva de la mujer queda sometida a su voluntad, y se implantan las leyes de aborto, que es permisible en determinadas condiciones.

Vemos entonces que la producción queda reducida en lo que al material humano afecta: por lo tanto, lo único que queda en pie es la sensualidad, es decir, la erótica. La mujer considera a la maternidad como un derecho y no como una obligación; la erótica es también una parte del derecho, el cual se evidencia en la libertad que existe acerca de las consecuencias del ejercicio de esas funciones naturales. El artificio surge de nuevo.

En efecto, no fué necesaria otra cosa para decidir a las mujeres a tomar parte activa en la revolución. Muchos años antes, Marx y Engels habían hablado en tonos muy vivos acerca del "comunismo sexual", ideas que fueron muy torpemente interpretadas por los burgueses, los cuales se escandalizaban creyendo que los ideales comunistas en este aspecto consistían en proclamar la posesión común de las mujeres. Y lo mismo que lo interpretaron los burgueses lo hicieron, a su vez, los proletarios: "Las mujeres de los burgueses, bellas, limpias, perfumadas y elegantes, serán para nosotros", decían los octubristas, mientras procuraban llevar a la práctica sus doctrinas.

Pero lo que aquellos líderes dijeron, y que después repitió Kuprin, fué lo contrario: que el régimen comunista conseguiría que la mujer no fuese un simple instrumento de producción y de placer, como lo probaba la intención de hacer desaparecer toda prostitución, tanto oficial como no oficial, lo que se ha logrado completamente.

Claro es que lo mismo los burgueses que los proletarios habían oído decir y leído acaso que los útiles de producción debían de estar al alcance y disposición de todos los hombres, y al ser considerada la mujer como uno de esos útiles, es lógico suponer que había de creérsela sometida a la misma suerte que un taller o una tierra, lo que no deja de ser equívoco y absurdo. "No hay nada tan cómico—dice Marx—como el honor virtuoso de nuestros burgueses, al imaginar la posesión común y oficial de las mujeres en una sociedad comunista. Los comunistas no tienen necesidad de instituir la comunidad de las mujeres, pues casi siempre ha existido. No satisfechos con tener a su disposición las mujeres e hijas de los proletarios, además de la prostitución oficial, nuestros burgueses entretienen agradablemente sus ocios y disfrutan lo indecible en seducir las esposas de sus amigos y las hijas de esas esposas. A lo umo se podría reprochar a los comunistas el deseo de instituir oficialmente la posesión común de las mujeres, en vez de la que hoy existe disimulada de un modo hipócrita. Pero es evidente que, una vez abolidas las condiciones actuales, la posesión común de las mujeres, creada por el orden imperante, y las prostituciones oficial y encubierta desaparecerán también."

Pero al mismo tiempo se hablaba de la abolición de la propiedad privada, y como esto entraba de lleno en el programa comunista, la mujer venía a recobrar la libertad más completa, ya que, al mismo tiempo, quedaban abolidos hasta los fundamentos del

matrimonio, es decir, la dependencia de la mujer respecto de su marido, así como la de los hijos respecto de sus padres. Todo esto se aclaró suficientemente, pero subsistió, a pesar de todo, la errónea creencia de que la mujer era un instrumento de producción simplemente.

Convencidas las mujeres de que el ideal comunista era una cosa y el miedo de los burgueses otra, no tuvieron el menor inconveniente en echarse a la calle. Sus derechos estaban amparados por las leyes, lo mismo que su libertad. Los jefes de la Revolución o las autoridades constituídas no se oponían, ni se mezclaban siquiera, en lo que un hombre y una mujer pudieran hacer de su sexo; era éste un asunto que salía fuera del área de la función estatal, que sólo tenía que intervenir cuando hubiera hijos, es decir, nueve meses después de haber dado plena satisfacción a esos derechos garantizados por las leyes.

Inmediatamente de estar ordenados un poco los asuntos, los legisladores rayaron en los catálogos legales los delitos de adulterio, concubinato, aborto, etc. La mujer, que había sido la parte más débil que siempre se estrellaba contra las barreras de la moral, reaccionó por medio del libertinaje y del desenfreno erótico. Las nuevas leyes autorizaban para resarcirse de la antigua opresión, y cada individuo dejó abierta la espita de sus impulsos ante los que ya no existían prohibiciones ni tabús de ningún género. La nueva moral rusa está hecha para las mujeres, y esta esperanza fué lo que determinó el entusiasmo de la mujer rusa por la Revolución.

Luego el motivo de su actividad fué, hasta cierto punto, erótico, si bien sus expresiones no alcanzaron los caracteres que se observan en la Revolución francesa, debido a que tampoco tenía nada de intelectual la disposición del pueblo francés. Los dirigentes revolucionarios rusos huyeron de los procedimientos que utilizaron los franceses y que eran necesarios para el triunfo de la causa. Por eso, justo es consignarlo, la persecución de la burguesía se llevó a cabo dentro de las normas legales, sin que el populacho cometiera aquellas atrocidades eróticas, que fueron una de las características más lamentables de la Revolución.

No obstante, se cometieron algunos desmanes, que fueron prontamente castigados; pero la mujer rusa no llegó a esos excesos, porque en su actitud partía del principio de la libertad

proclamada en los credos comunistas, de honda raigambre en el criterio de las masas. En la Revolución francesa faltó el principio de autoridad; en la rusa, las autoridades no tuvieron más remedio que excederse en muchas ocasiones para que esos principios se conservasen puros. En consecuencia, al establecerse los nuevos derechos, cuyo ejercicio garantizaban las leyes también nuevas, la violación se consideró como un delito de gravedad suma, porque representaba un atentado contra el más íntimo de los derechos. Y, afirmado el principio de la libertad como eje de toda la doctrina comunista y la igualdad de derechos de todos los ciudadanos, todo lo que suponía una violación de los derechos garantizados hubo de ser reprimido con la mayor energía.

Entonces la violación tenía que ser sustituída por la persuasión, es decir, por las artes nobles del galanteo. Habiendo desaparecido el obstáculo de los prejuicios, y contando con el auxilio de la ley y de la Medicina para impedir las consecuencias naturales de la libertad sexual garantizada, el erotismo discurrió por cauces normales o, cuando menos, legales. Los antiguos palacios de los magnates, los teatros, los lujosos "cabarets" y demás establecimientos que sirvieron para los placeres de la burguesía fueron ocupados por los revolucionarios, que durante algún tiempo se hicieron la ilusión de que nada les separaba de los burgueses. Entonces es posible que todos reconocieran que era mejor ser burgués que proletario, pero ya no había remedio. Sobre todo si se tiene en cuenta el puritanismo de los líderes, como el de un comisario de abastecimientos que se murió de hambre entre sacos de harina, de azúcar y de carnes saladas, sólo porque no disponía de la cantidad necesaria para adquirir los bonos que él mismo autorizaba.

Las mujeres, eso sí, se entregaban con suma facilidad a todo hombre que pudiera mantenerlas durante algún tiempo. Los que en los saqueos habían logrado apoderarse de ropas, alhajas o alimentos, pudieron hacerse la ilusión de que eran tan polígamos como los antiguos burgueses. Hubo uno que vivía con siete mujeres, casi todas ellas de la aristocracia, mientras él no era más que un "mujick" avispado. Otros dispusieron de tantas hembras como necesitaban para la satisfacción de sus deseos, y puede decirse que no hubo un solo hombre que durante los primeros meses de la revolución no se aprovechase de la facilidad con que las

mujeres de la burguesía se entregaban a los revolucionarios... por un pedazo de pan y un poco de calor, más necesario casi que los alimentos en aquellos terribles meses de octubre a mayo.

No fueron necesarias, pues, las violaciones. Pero precisamente esa facilidad que había para satisfacer los impulsos sirvió de pedestal para que se erigiera el monumento, un poco anárquico, de la familia rusa. El erotismo de aquella revolución hizo matrimonios y creó hogares; el de otras revoluciones los destruyó para cimentar sobre sus ruinas el desenfreno y el libertinaje. Por lo tanto, el erotismo controlado por unas leyes especiales se tradujo después en los resultados perfectos de la nueva moral sexual de Rusia, que necesitó de la más grande revolución que presenció la historia para afirmarse sobre unas bases indestructibles

ÍNDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

EL EROTISMO EN LAS GUERRAS ANTIGUAS

Las sacerdotisas que acompañaban a los guerreros.—Los ritos religiosos.—El erotismo de la guerra de Troya.—El ideal de los soldados.—Los efebos en el ejército.—Los soldados de Alejandro Magno.—Las mujeres griegas ante el enemigo.—La vida erótica de los guerreros "shiks".—La solución de los japoneses.—Las violación y las leyes de la guerra.—El botín sensual de los soldados medievales.—Los teutones..... 9

PARIS, 1914-1918

La explosión del patriotismo.—El estado emocional.—Las mujeres y el entusiasmo bélico.—la despedida de París.—La democracia del erotismo. El sacrificio de la honestidad en el altar de la patria.—Facilidades para ser madre soltera.—Los americanos.—El prestigio del uniforme.—Los negros.—Las madrinas de guerra.—El desenfreno erótico.—Las enfermedades venéreas.—Los permisos y su finalidad biológica..... 23

LA SEXUALIDAD EN LAS TRINCHERAS

Violaciones y asesinatos.—La legalización del aborto bélico.—Del erotismo, a la locura.—La prostitución masculina.—Cafés servidos por homosexuales.—Varias anécdotas curiosas.—La "Casa Frida".—Reglamentación de la homosexualidad.—La masturbación ante las imágenes excitantes.—El gran negocio de un dibujante francés.—Escritos y periódicos eróticos.—Instrumentos masturbatorios.—La infección venérea.—Los amantes de los cadáveres..... 39

Páginas

ESPIAS Y AMAZONAS. LA "LIGA DE LA MUERTE"

Psicología de la espía.—La Mata-Hari y sus manejos en España.—Su primer asunto de espionaje. La comedia de su muerte.—Otra espía.—La princesa Nadia Wizniewska.—Su amistad con la Mata-Hari, futura esposa de Muley-Haffid.—El submarino "U-35".—La aventura de Tánger.—María Tarowsky.—El "Comandante Parker".—Las amazonas de Sofía Yovanovitch.—El batallón femenino que organizó Kerensky.—La emancipación de la mujer rusa..... 55

El EROTISMO EN LAS REVOLUCIONES

El resultado de las revoluciones.—El origen sexual de la Revolución francesa.—Objetivos revolucionarios.—El odio a la aristocracia y su equivalente erótico.—Violaciones públicas.—La mujer rusa en la revolución.—La libertad sexual como antídoto de los desmanes.—El concepto burgués del comunismo sexual.—La sexualidad y el derecho en la revolución. La ilusión erótica de la existencia burguesa. — La nueva moral sexual..... 69